

POR EL AUTOR DE GRIMPOW

EL VISITANTE DEL
LABERINTO

RAFAEL ÁBALOS



de

Un joven príncipe, hijo del honorable rey Winder Wilmut Winfred, se pierde en el bosque que rodea el lago de Fergonol tras haber salido a pasear por sus orillas.

El joven llega a una cabaña donde descubre con sorpresa que un extraño personaje le está esperando; se trata de Gorgonán, duende del lago de Fergonol, quien le comunica que ha atravesado las invisibles puertas del Laberinto, al igual que años atrás lo había hecho su padre, el rey. La perplejidad del príncipe aumenta con la visita de otros tres duendes, Borbarón, Candelán y Sandelón, los tres idénticos a Gorgonán. Éste le indica al héroe que debe prepararse para realizar, al día siguiente, un viaje que le conducirá al descubrimiento de sí mismo.

Un libro que contiene todos los elementos de las leyendas y relatos de aventuras: un joven que se pierde en el bosque y encuentra una cabaña donde residen los duendes, barcos piratas, seres fantásticos como el dragón, caballeros andantes, castillos asediados, barones codiciosos...

*A mis sobrinos Moisés, Irene, Nacho,
María, Patricia, Guille, Arturo,
Martita, Andrea, Andrés,
Jorge, Julia, Laura, María,
Eva y Rafa.*

A José Ángel y Pablo Sanz Campoy,

A Adrián De la Torre Ventoso.

A mi ahijado Alfredito.

A José Manuel García-Verdugo Fiestas.

*Y a Iñigo Escriña Arteaga,
que sueña con dragones.*

La oscuridad es la aliada de la imaginación.

GONZALO SUÁREZ

CAPÍTULO 01

El viento interpretaba melodías que parecían surgidas de unas flautas de caña, y el viejo y desgarrado Gorgonán se mecía en su cómoda hamaca de mimbre mientras jugueteaba con su cachimba de pompas de jabón y lanzaba al aire mágicos aros de espuma azul. Estaba sentado a las puertas de su confortable cabaña, frente a las frías aguas del lago, en cuya superficie espejeaban las nieves perpetuas de las montañas que se erguían a sus orillas como gigantes adormilados y perezosos. En el cielo, una luna menguante con brillos de agua se desplazaba apresurada entre una alocada multitud de estrellas titilantes.

Gorgonán sabía que estaba cercana la llegada del Visitante. Aparecería por el sendero del oeste con la precisión de un reloj de sol, en el momento justo en que la luna se desvaneciera en el horizonte. Por eso no mostraba ninguna impaciencia. «Lo que ha de llegar, llegará», se dijo a sí mismo, mirándose las puntas relucientes de sus botas como si hablara con ellas. Nunca las había limpiado con tanto esmero. Pero ésta era una ocasión única, aunque el Visitante ignorara aún su irremediable destino: sólo era un joven príncipe algo atolondrado, larguirucho y de ojos apagados, que esa misma tarde decidió aventurarse a pasear por las orillas del lago, y que ahora vagaba perdido y asustado por el bosque que lo envolvía, cerrado y denso como un enigma indescifrable.

«Pronto estará aquí», pensó Gorgonán, soplando su cachimba con delectación y alzando la vista hasta la luna, que se recostaba ya sobre las cumbres de las montañas.

Tan pronto como la luna se desvaneció entre las sombras, los pasos del Visitante llegaron a los atentos oídos de Gorgonán. Eran unos pasos lentos que pisaban temerosos sobre el lecho de hojas secas del sendero del oeste y que el viento propagaba como leves quejidos.

Gorgonán se dispuso a recibir al Visitante con los honores que merecía, así que se levantó de su mecedora de mimbre y bajó los peldaños que elevaban la cabaña algunos pies sobre la ribera del lago.

—¡Bienvenido a mi humilde hogar! —dijo Gorgonán, soltando de su cachimba luminosas pompas de espuma azul y dibujando con sus labios una cordial sonrisa.

El recién llegado lo miró con ojos abismados, pues jamás había visto un hombrecillo tan diminuto y risueño.

—En verdad os agradezco vuestro recibimiento, gentil... —titubeó el Visitante—. Pero decidme, ¿quién sois? —preguntó al fin, sorprendido al no encontrar gente corriente en aquella cabaña, cuya luz cálida y blanquecina vislumbró al final del sendero y le hizo concebir la esperanza de poder salir del atolladero en que se hallaba.

—Gorgonán Plaistelo de Luganderbo, alteza, duende del lago de Fergonol y fiel servidor de vuestro amado padre el gran rey Winder Wilmut Winfred, por todos conocido en la comarca como el gran rey de la Triple W.

Gorgonán se le acercó y reclinó la cabeza hacia adelante y luego hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, pues su tamaño apenas si alcanzaba más allá de las rodillas del joven príncipe.

—¿Queréis decir que vos conocéis a mi padre? —preguntó estupefacto el joven, pues jamás pensó que los duendes existieran realmente y mucho menos que fueran amigos de su padre.

—Desde que era un joven apuesto y alegre como vos, alteza —murmuró Gorgonán complacido.

—Entonces, ¿esperabais mi llegada?

—Con suma paciencia. Lo que ha de llegar, llegará —dijo sonriendo Gorgonán.

—¿Y conocéis mi nombre? —inquirió el joven, mirando hacia abajo como si se mirara los pies.

—¡Oh, sí, sí, sin duda! —exclamó Gorgonán—. Pero mucho me temo que aquí no podré llamaros por vuestro nombre, alteza. Son las reglas, ¿sabéis? —matizó.

El joven creyó estar soñando.

—¿Las reglas? ¿Qué reglas son ésas que os impiden pronunciar mi nombre? —preguntó algo ofuscado.

—Las reglas del Laberinto.

—Ciertamente podríais confundirme —replicó el joven.

—No os inquietéis inútilmente, mañana tampoco vos recordaréis cómo os llamabais antes de llegar al bosque. Aquí sólo seréis el Visitante y éste será vuestro Laberinto. Ahora os ruego que me acompañéis adentro, mi humilde cabaña será por esta noche vuestra morada —dijo Gorgonán con amabilidad, deslizando su brazo ante el Visitante para cederle el paso graciosamente.

Un murmullo orquestal de grillos y ranas parecía poner un fondo musical a la escena. El Visitante y Gorgonán subieron las escaleras de la plataforma de madera que elevaba la cabaña sobre la ribera del lago, cruzaron el porche dejando a un lado la cómoda hamaca de mimbre y entraron en el habitáculo, no sin alguna dificultad, pues el Visitante apenas sí podía estar de pie sin que su cabeza golpeará en el techo.

El Visitante tomó asiento en el suelo, sobre un montón de cálidas alfombras y pequeños cojines que recubrían una sala amplia de cuyas paredes colgaban vistosos tapices de colores prodigiosos y alegres. En un rincón, junto a la ventana, una mesa pequeña y cuatro taburetes de madera tallada conformaban un pequeño comedor, desde el que también se accedía a la cocina, en la que se localizaban una chimenea, una pira de leña y un sinfín de cachivaches de hojalata destellante.

Gorgonán iba y venía de la cocina a la sala trajinando con algunos platos, ollas y cubiertos, sin cesar de hablar al Visitante de lo mucho que apreciaba a su padre, el gran rey Winder Wilmot Winfred, a quien había tenido la oportunidad de conocer del mismo modo que ahora lo conocía a él, y que se había mostrado extraordinariamente hábil en encontrarse a sí mismo en el Laberinto.

Al oír esto último, el Visitante no pudo evitar preguntarse qué misterioso sendero lo había llevado hasta allí y con qué propósito. Él había salido a pasear esa tarde por las orillas del lago de Fergonol como hacía siempre desde que era un niño y conocía cada rincón del bosque que lo circundaba como la palma de su propia mano, de modo que no conseguía explicarse cómo pudo haberse perdido sin tan siquiera darse cuenta de que extraviaba sus pasos por senderos inexplorados. Además, nada del paisaje que había visto durante la tarde y al anochecer le era conocido, a pesar de tratarse del mismo lago de Fergonol a cuyas orillas se alzaba el noble y majestuoso castillo de su padre.

—Atravesasteis las Puertas del Laberinto —dijo Gorgonán con solemnidad.

—¿Las Puertas del Laberinto, decís? Yo jamás he visto puerta alguna en las orillas del lago de Fergonol, y lo conozco como la palma de mi propia mano desde que era un niño —replicó.

Gorgonán sonrió.

—Las Puertas del Laberinto son invisibles.

—Entonces, ¿cómo podré salir de aquí? —preguntó el joven algo aturdido.

—Oh, eso sólo dependerá de vos —respondió Gorgonán con su endulzada voz—. Deberéis elegir los senderos y los caminos más adecuados. Pero tampoco os apresuréis, mañana tendremos tiempo suficiente para preparar vuestro viaje.

El Visitante mudó el gesto.

—¿Viaje? Yo no deseo hacer ningún viaje —protestó—. Hace apenas un rato paseaba tranquilamente por las orillas del lago y ahora vos me habláis de emprender un viaje misterioso, cuando lo único que quiero es regresar al castillo junto a mi padre.

—Vuestro padre, el gran rey Winder Wilmut Winfred, sabe que estáis aquí ahora. No debéis preocuparos por él porque tampoco él está preocupado por vos —dijo Gorgonán removiéndose por la estancia como un ratón inquieto.

—¿Estáis seguro?

—Oh, sí, sin ninguna duda. Como ya os he dicho, también él fue en su juventud visitante de este Laberinto. Es algo irremediable para los hombres, como el amanecer de cada día. Empeñaos en impedir que nazca el sol y comprobaréis lo inútil de vuestro esfuerzo.

Apenas hubo terminado de hablar, la puerta de la cabaña se abrió de súbito y tras ella apareció un hombrecillo tan igual a Gorgonán que el Visitante hubiera jurado por la oxidada espada de Dalmor el Desventurado que se trataba de un efecto fantástico.

—¡Tengan dichosas noches los presentes! —dijo el recién llegado—. Ya veo que el Visitante ha sido puntual.

—Oh, sí, apenas hace un rato que llegó —afirmó Gorgonán.

El joven príncipe desplazó los ojos de un hombrecillo a otro alucinado. Por un momento pensó que hubiera perdido el juicio, o que aún estuviera dormido y todo lo que ocurría a su alrededor no fuera más que el efecto seductor de un sueño extraño. Pero antes de que pudiera preguntar nada, Gorgonán los presentó.

—Majestad, me complace presentaros a mi buen amigo y pariente lejano Borbarón Candelte Pinsexpo. También él vive en esta cabaña desde que el tiempo es tiempo.

—Encantado —murmuró el Visitante algo desdeñoso, a la vez que la puerta de la cabaña volvía a abrirse y entraban dos hombrecillos más que parecían clones de los anteriores.

—Disculpad nuestro retraso, alteza —dijeron ambos al unísono como un dúo de tenores.

El Visitante no supo si desmayarse o corresponder a la disculpa de los recién llegados con la cortesía debida. Finalmente, optó por esto último.

—No debéis disculparos, Gorgonán me ha atendido con suma amabilidad desde mi llegada. Pero, puesto que veo que ya todos me conocen, decidme, ¿quiénes sois?

Los dos hombrecillos se acercaron a Gorgonán y a Borbarón, y se situaron todos frente al Visitante como cuatro imágenes repetidas de un mismo personaje. Los cuatro tenían el mismo rostro sonriente, algo arrugado, con la nariz saliente, la barbilla aguzada, los ojos brillantes y alegres y una voz endulzada.

—Somos los gemelos Candelán y Sandelón Rústela Vartatraz —dijeron a la par, al tiempo que inclinaban sus pequeños cuerpos y representaban una sincronizada y pronunciada reverencia.

El Visitante sonrió y sacudió el brazo.

—Me será difícil saber quién es cada cual, sois todos iguales —dijo.

—No todo lo igual es idéntico —exclamó Gorgonán.

—Decidme, pues, ¿cómo podré conocerlos?

—Ésa es una cuestión que sólo vos mismo podréis resolver, alteza. Además, debéis de hacerlo pronto, pues habréis de elegir con quién de los cuatro deseáis iniciar vuestro viaje mañana mismo —explicó Borbarón.

—¿Elegir sólo a uno? Si hemos de partir a algún sitio, ¿por qué no podemos partir todos juntos? —preguntó el Visitante, dejando los ojos muy abiertos en espera de una respuesta convincente.

—Porque no siempre podemos elegir todo lo que deseamos. Cada uno de nosotros es uno y es todos, pero sois vos quien debe descubrir las diferencias —dijo Candelán—. El elegido será quien os acompañe, son las reglas del Laberinto.

—Aunque también debéis tener en cuenta que no todo lo diferente es distinto —matizó Sandelón, encogiéndose de hombros y poniendo cara de haber cometido una travesura.

El Visitante los miró perplejo una y otra vez, achicando los ojos como si de ese modo pudiera atisbar algún rasgo que le sirviera para distinguirlos en su extraordinaria similitud.

—De acuerdo —dijo el joven—, repetid uno a uno vuestros nombres.

Los cuatro hombrecillos adoptaron una pose de estatua y en voz alta pronunciaron sucesivamente sus respectivos nombres:

—Gorgonán —dijo el primero.

—Borbarón —añadió con rapidez el segundo.

—Candelán —continuó el tercero.

—Sandelón —concluyó el cuarto.

El Visitante se acercó a ellos y fue mirándolos uno a uno de arriba abajo con la misma parsimonia y ceremoniosidad con que un general examina su tropa. Los cuatro hombrecillos se mantenían erguidos y risueños ante él. A decir verdad, el joven no encontraba diferencia alguna entre ellos. Incluso el

tono de su voz era idéntico, de manera que cuando hablaban parecía que fuera un eco mágico el que mudaba sus palabras de una boca a otra.

—Tampoco tenéis que precipitaros en tomar una decisión ahora —aconsejó Gorgonán al joven.

—Sí, tomaos tiempo, pensadlo —proclamó Borbarón.

—Será lo mejor —añadió Candelán.

—Desde luego —concluyó Sandelón.

El joven fue desplazando sus ojos de un hombrecillo a otro a medida que hablaban y entonces cayó en la cuenta de que cada uno de ellos tenía un brillo distinto en sus grandes ojos iguales. No sabía exactamente qué era, pero estaba seguro de que algo los diferenciaba: un fulgor, un destello, un matiz.

—Hagamos una prueba —rogó el Visitante, a quien la intriga creada parecía divertirle mucho—. Cambiad vuestra posición mientras yo cierro los ojos. Intentaré acertar quién es cada cual.

—¡Estupendo! —exclamó Gorgonán.

—Hagámoslo, pues —dijo Borbarón entusiasmado.

—Cerrad los ojos —ordenó Candelán al joven, que obedeció en un pis pas.

—Cambiémonos de posición —concluyó Sandelón, empujando precipitadamente a sus compañeros.

Los cuatro hombrecillos cambiaron sus posiciones originarias embarullándose y tropezando unos con otros entre risotadas y alharacas. Cuando terminaron de situarse de nuevo, dijo Gorgonán:

—Podéis empezar.

A lo que Borbarón añadió:

—Pensadlo bien.

—No tengáis prisa —recomendó Candelán.

—¿Quién es quién? —preguntó finalmente Sandelón.

El Visitante se llevó la mano derecha a la barbilla y adoptó una actitud meditabunda. Vistos así, hubiera jurado que Gorgonán era el primero de la fila, el situado a su izquierda. Así que se acercó a él nuevamente y le dijo:

—¿Podéis sonreír un momento?

El hombrecillo dibujó con su rostro arrugado una sonrisa ingenua y sus ojos chisporrotearon como si una bengala se hubiera encendido en ellos.

—Sí —dijo el joven, decidido—. Sin ninguna duda, vos sois Gorgonán Plaistelo de Luganderbo.

—Os equivocáis, alteza —contestó el hombrecillo—. Mi nombre es Borbarón Candelte Pinsexpo.

—Entonces, vos sois Sandelón —afirmó el Visitante, señalando al último de la fila con el dedo índice extendido.

—Si no os incomoda demasiado, alteza, preferiría que me llamarais Candelán Rústela Vartatraz, pues ése es mi nombre.

—No he tenido mucha suerte, ¿verdad? —lamentó el Visitante, algo decepcionado.

—Bueno, admitamos que no era fácil. Incluso a mí me cuesta saber quién soy. Seguro que mañana nos conoceréis a todos mucho mejor y tal vez también pronto os conozcáis mejor a vos mismo.

Gorgonán propuso que se sentaran a la mesa para cenar y se dirigió apresurado a la cocina mientras Sandelón y Candelán salían de la cabaña para buscar leña con la que avivar el fuego de la chimenea, que languidecía perezosamente al fondo de la estancia. Entonces Borbarón se acercó al Visitante, le pidió que se agachara como quien se dispone a confesar un secreto y le susurró al oído:

—No os fiéis de ellos, alteza.

El joven se vio sorprendido por las palabras de Borbarón. ¿A quiénes se refería, de quiénes no debía fiarse?, se preguntó intrigado y aturdido, pues no le parecía que aquellos simpáticos hombrecillos pudieran albergar la intención de causarle algún mal.

—¿Qué queréis decir? —inquirió.

—Que aquí nada es lo que parece —dijo Borbarón.

—¿Os referís a ellos, a vuestros amigos?

—Si queréis llamarlos de ese modo... —dijo Borbarón tras encogerse de hombros.

—En verdad que no logro entenderos —protestó el Visitante—. Si ellos no son vuestros amigos, ¿quiénes son y por qué viven con vos en esta cabaña?

Borbarón llevó un dedo a sus labios en solicitud de silencio. Luego miró hacia la cocina y, tras comprobar que Gorgonán estaba atareado con sus ollas y fogones, musitó:

—¿Aún no os habéis dado cuenta de que todos somos uno, y uno solo somos todos?

—¿Queréis decir que ellos saben de qué me habláis ahora?

—¡Oh sí, desde luego! —exclamó Borbarón.

—Entonces, ¿por qué me habláis tan bajito? —preguntó el joven.

—Porque es mejor ser prevenido, nunca se sabe.

—Me estáis confundiendo.

—La confusión alerta los sentidos —dijo Borbarón manifestándose indiferente a sus propios misterios.

En ese instante entraron Candelán y Sandelón en la cabaña, cargados con robustos troncos de leña. El primero miró al joven, le guiñó un ojo y dijo:

—No hagáis mucho caso a Borbarón, siempre está enredando con sus intrigas y sus suspicacias.

El rostro de Borbarón se enrojeció como una hoguera.

—Será mejor que nos sentemos a la mesa —dijo éste, quedamente.

—Será lo mejor —confirmó Sandelón.

Candelán y Sandelón se acercaron a la chimenea y dejaron caer en la leñera los troncos que portaban con un estruendo sordo. Después arrojaron algunos palos al fuego, que recobró de súbito su perdida vivacidad. Luego ayudaron a Gorgonán a llevar la olla y los platos hasta la mesa. La cabaña se impregnó de un fuerte olor a berzas y espinacas cocidas, un aroma a huerta y lluvia desconocido para el Visitante, acostumbrado sólo a degustar piezas de caza como el jabalí, el venado o los faisanes. Tan era así, que no pudo disimular su repulsión ni contener su lengua:

—Yo no comeré ese brebaje de hierbas malolientes —protestó el joven, mirando a Borbarón como si temiera ser envenenado. No en vano, él mismo le había advertido que no se fiara de aquellos hombrecillos con cara de ingenuos y educadas maneras. Además, en el castillo de su padre había oído contar antiguas historias de odios y confabulaciones que terminaron trágicamente con succulentas comidas emponzoñadas.

—Como vos gustéis, alteza, pero mucho me temo que si no coméis berzas y espinacas habréis de guardar forzado ayuno, pues no otra cosa puede ofrecer os este humilde cocinero —dijo Gorgonán mientras colocaba una hogaza de pan blanco sobre la mesa.

—Comeré pan, si no os importa —dijo el joven tras oír la sentencia de Gorgonán condenándolo a un ayuno no deseado, pues sentía como punzadas de cuchillos las protestas de su estómago, postergado al olvido desde que se marchó del castillo de su padre.

—Si ése es vuestro deseo, espero que tengáis buen provecho —dijo Borbarón con indiferencia—. Y ahora será mejor que os sentéis en el suelo, no tenemos mesa ni taburetes adecuados a vuestro tamaño.

—Os ruego nos disculpéis por la dureza de vuestro asiento, tan inadecuado para vuestro noble rango —se excusó Sandelón sonriendo.

—No os preocupéis por mí, tengo buenas posaderas —dijo el joven ásperamente, a la vez que se dejaba caer sobre el suelo entarimado de la cabaña, junto a la mesa. No estaba muy seguro de que aquellos hombrecillos diminutos fueran en verdad complacientes con él. Pero muy pronto comprobó que sus temores carecían de fundamento.

—Tomad este cojín, es de plumas de oca y mullido como una alfombra de césped. Estaréis mucho más cómodo sobre él —dijo Candelán atentamente.

—Sois muy amable, Candelán.

Al oír esto, los cuatro hombrecillos se miraron atónitos.

—¿Habéis oído lo mismo que yo? —inquirió Candelán.

Los otros asintieron con un movimiento oscilante de sus cabezas, mudos de asombro.

—¿Cómo lo habéis logrado? —preguntó Gorgonán.

—¿A qué os referís? —replicó el Visitante.

—Habéis llamado a Candelán por su nombre —advirtió Sandelón.

—Será por casualidad —se limitó a contestar el joven, al tiempo que daba un pellizco a la hogaza y se llevaba un trozo de pan a la boca.

—¿Estáis seguro? —insistió Borbarón.

—¿A vos qué os parece, Borbarón? —dijo el Visitante muy seguro de sí.

Borbarón dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver que los ojos del joven se habían clavado en los suyos. Luego preguntó:

—¿Os dirigís a mí?

—A vos mismo —confirmó.

—Es evidente que nuestro invitado empieza a conocernos un poco —dijo Gorgonán Plaistelo de Luganderbo, con solemnidad de profeta—. Probablemente —continuó— mañana esté en condiciones de decidir quién de nosotros lo acompañará en su viaje por el Laberinto.

Borbarón miró al Visitante con mucho disimulo y murmuró:

—No os olvidéis de lo que os dije antes, alteza.

—Vamos, Borbarón, déjate de misterios, sólo lograrás asustar al muchacho..., digo, a su alteza. —Auguró Sandelón sonrojándose.

—Es cierto —añadió Candelán con el mismo tono de voz—. Además, cómo pretendes que su alteza deposite su confianza en ti, si precisamente tú le aconsejas que no la tenga en nosotros. Mal merece credibilidad quien no la ofrece —sentenció sin inmutarse.

Borbarón, avergonzado, clavó los ojos en el plato de verduras cocidas y no los volvió a levantar durante toda la cena. También los otros tres hombrecillos se aplicaron al mismo menester, aunque de vez en cuando interrumpían su ocupación para contestar a las preguntas del Visitante, ávido de encontrar respuestas en el Laberinto.

—Decidme, Gorgonán, ¿qué importancia tiene que yo elija sólo a uno de los cuatro si, como he oído decir, todos sois uno y uno solo sois todos? —inquirió el Visitante mientras afuera el viento componía melodías fantásticas removiéndose entre las sombras.

—Interesante cuestión —dijo Candelán en actitud divertida.

Gorgonán alzó los ojos del plato, removió las berzas y las espinacas en la boca, chasqueó la lengua y luego contestó:

—Si he de ser franco, os diré que no tiene ninguna importancia, alteza, pues efectivamente todos somos uno y uno solo somos todos.

—Eso es —corroboró Sandelón.

—Entonces, ¿podrías explicarme por qué Borbarón me aconseja que no me fíe de vosotros?

—Muy agudo —apostilló Candelán.

—Difícil cuestión —añadió Sandelón.

Gorgonán cogió su jarra de agua y dio un largo trago antes de contestar:

—Porque la vida tiene caras y voces diferentes que, no obstante, parecen iguales a los ojos de quien las ve y las oye.

El Visitante frunció el entrecejo, confundido.

—¿Podéis ser un poco más explícito? No entiendo lo que decís.

—Nosotros no somos distintos a vos mismo, alteza —respondió Gorgonán, pasándose la manga de su camisa por los labios—. Alguna vez habréis oído voces en vuestro interior que parecen no estar de acuerdo en lo que dicen.

—Sí, es posible —aceptó el joven—. Aunque ahora no puedo recordar ninguna.

—Pues la voz de Borbarón fue una de esas voces, y no hizo más que repetir en voz alta lo que vos mismo pensasteis al llegar a este Laberinto —explicó Gorgonán.

El joven se removi6 en su inc6modo asiento.

—¿Estáis de acuerdo con eso, Borbarón? —preguntó.

—¡Oh, sí, sí, desde luego! —asintió ruborizado—. Fuisteis vos quien dudó de nosotros. ¿No lo recordáis?

—Pensad, pensad, alteza —dijo Sandelón con retintín.

Después de alzar los ojos al techo de troncos robustos y secos de la cabaña, el Visitante recordó que era cierto que él había recelado de aquellos hombrecillos iguales como gotas de agua al poco de encontrarlos. Nunca había visto seres semejantes a ellos, a pesar de haber oído contar en su infancia antiguas leyendas sobre duendes, hadas, brujas y dragones capaces de complicarles la vida al más sensato de los hombres. ¿Por qué habría de confiar en ellos?

—Tenéis razón —admitió el joven—. Tuve mis dudas antes de que Borbarón las sembrara en mi ánimo, os ruego que disculpéis mi desconfianza.

—No, no, no, no, no —dijo Borbarón precipitadamente—. No tenéis que disculparos por eso. Hicisteis lo adecuado, alteza. Recelar de lo desconocido os ayudará a conocerlo y a conoceros, es el principio de todas las cosas en el Laberinto.

—Desde luego —admitió Candelán.

—Sin ninguna duda —insistió Sandelón.

—¿Y cómo sabré cuándo puedo mostrarme confiado?

—Cuando lo oigáis así en vuestro interior —concluyó Gorgonán.

CAPÍTULO 02

El cacareo prolongado de un gallo anunció que el sol, brillante como un doblón de oro, se alzaba sobre las adormecidas aguas del lago de Fergonol.

El Visitante se despertó al oírlo.

—Habéis dormido como un oso hibernado —dijo Gorgonán al verlo desperezarse sobre la alfombra que le había servido de lecho durante la noche.

—Los osos tienen aposentos más blandos y confortables que el mío —protestó, llevándose una mano a los riñones, al tiempo que se incorporaba y lanzaba al aire un bostezo ostentoso.

—Muy pronto os acostumbraréis a la dureza del suelo —murmuró Gorgonán con sorna.

Al instante apareció Borbarón, sonriendo como un bufón feliz.

—La barcaza del Visitante está preparada en el embarcadero —dijo.

El joven lo miró aturdido.

—¿Una barcaza? ¡Yo no sé manejar ese artefacto! —exclamó.

—Sólo tendréis que remar —aconsejó Gorgonán—. Y os aseguro que es bien fácil. A propósito, ¿quién sois? —preguntó inesperadamente.

El Visitante miró a Gorgonán y luego a Borbarón, mientras su rostro se transformaba hasta dibujar una mueca de desconcierto.

—Vamos, decidme, ¿quién sois? —insistió Gorgonán.

—¿Estáis de chanza? —preguntó el Visitante—. Vos lo sabéis tan bien como yo.

Borbarón contemplaba la escena ajeno al diálogo pero con sumo interés.

—Decídmelo, pues —insistió Gorgonán una vez más.

—Supongo..., supongo que yo soy yo —dijo el joven después de meditar un rato y de mirarse a sí mismo de arriba abajo. No se le ocurrió qué otra cosa podía decir. Ni siquiera se dio cuenta de que su vestimenta era la de un príncipe.

—Sí, sí, ya sé que vos sois vos, pero no me refería a eso. Os preguntaba por vuestro nombre —añadió Gorgonán mirándolo con fijeza de águila real.

El joven intentó pronunciar su nombre pero fue incapaz de articular palabra alguna. Parecía que se le trabara la lengua o que no supiera exactamente qué es lo que quería decir.

—¿Habéis enmudecido? —inquirió Gorgonán.

—No, no, no es eso —dijo el Visitante—. Es que..., es que no lo sé. No sé cuál es mi nombre —aceptó apesadumbrado, alzando las palmas de sus manos como muestra de franqueza.

Sin poder explicarse cómo, lo cierto era que había olvidado todo cuanto se refería a su pasado. Ahora ignoraba quién era, de dónde venía y por qué extraños caminos había llegado hasta la cabaña de aquellos insólitos y simpáticos hombrecillos.

—Un nombre debéis de tener; todos los seres y todas las cosas del Universo tienen un nombre, ¿no os parece? Lo que no tiene nombre no existe, e incluso eso que no existe tiene su propio nombre. ¿Sabéis a qué me refiero? —dijo Borbarón, que al fin intervino para ayudar al Visitante, aunque de un modo poco ortodoxo.

Los ojos del joven danzaban de un lado a otro, confusos.

—¿Por qué me sometéis a este acertijo? —preguntó.

—Los acertijos ayudan a encontrar lo que se busca —destacó Gorgonán.

En ese momento entraron en la cabaña Candelán y Sandelón Rústela Vartatraz, entonando el estribillo de una confusa canción:

*Vado en las tinieblas, ausencia de alma, frágil como un
cero, menos que polvo, nadie quiere ser nadie, mejor uno que
ninguno...*

Luego representaron con sus cuerpos una ágil y pronunciada reverencia, y esperaron expectantes el aplauso de Gorgonán y Borbarón. Pero la voz firme del joven interrumpió la ovación apenas iniciada.

—¡La nada! —exclamó entusiasmado—. Os referíais a la nada, ése es el nombre de lo que no existe.

—¡En efecto! —afirmó Gorgonán complacido.

—¡Fantástico! —celebró Borbarón.

—¡Acertasteis! —exclamó Candelán.

—¡Felicidades! —concluyó Sandelón.

El Visitante sonrió ufano. Sin embargo, tras haber mostrado su alborozo, la satisfacción del Visitante se desvaneció de un modo repentino y su rostro se mudó en un rictus trágico.

—Pero no consigo recordar mi nombre, no sé quién soy —lamentó.

Gorgonán se le acercó y le dio un afectuoso golpecito en la espalda.

—No os preocupéis por ello ahora. Tal vez lo hayáis perdido.

—¡Oh, sí!, no os preocupéis, nosotros os ayudaremos a buscar vuestro nombre y probablemente encontréis también las respuestas a vuestras dudas —dijo Borbarón amablemente.

—Hemos preparado la barcaza para que podáis partir esta misma mañana —manifestó Candelán moviendo ostensiblemente sus brazos.

—Pero ya sabéis que sólo podéis elegir a uno de entre todos nosotros —añadió Sandelón con expresión cándida y bondadosa.

Durante un instante un súbito silencio voló por la estancia como la sombra de un fantasma atribulado. Los cuatro hombrecillos se miraron entre sí y luego volvieron sus rostros iguales hacia el joven.

—¿Sólo a uno? —preguntó al cabo el Visitante.

—Así es —confirmó Gorgonán—. Pero tampoco olvidéis que cada uno de nosotros es uno y es todos —añadió con un misterioso destello de luz rojiza en sus ojos.

«Cada uno de nosotros es uno y es todos», repitió para sus adentros el joven, e inmediatamente cayó en la cuenta de que el dilema al que se enfrentaba no era tan difícil de resolver como en principio había supuesto. Si cada uno de esos hombrecillos era uno y era todos, estaba claro que cualquiera que fuera el elegido iría acompañado de los demás, razonó en

silencio. Pero ¿a quién escoger?, se preguntaba. Gorgonán era fantástico e inteligente y, además, había sido el primero en recibirlo en su cabaña. También pensó que probablemente fuera Gorgonán el más sabio de todos ellos, pues siempre tenía la respuesta adecuada a cada pregunta. Borbarón, sin embargo, le parecía bastante crítico y sarcástico, aunque muy sincero, desde luego, mientras que Candelán y Sandelón gozaban de su aprecio por la amabilidad y simpatía que desde el principio le manifestaron. Así que, luego de meditar durante un buen rato, dijo al fin:

—Confío en que la elección de uno no cause agravio o enojo a los otros, pues no es mi deseo excluir de mi compañía a ninguno de los cuatro, sino exigencia de este Laberinto vuestro.

—Es evidente —murmuró Borbarón—. Tomad vuestra decisión sin ningún temor ni recato.

Entonces el joven se acercó a Borbarón Candelte Pinsexpo y dijo apesadumbrado:

—Siento mucho tener que despedirme de vos de este modo tan precipitado, aunque os aseguro que guardaré fielmente vuestro recuerdo en lo más profundo de mi corazón.

Al oír esto, por la mejilla de Borbarón resbaló una diminuta lágrima, destellante como un cristal tallado, y en el acto se esfumó en el aire.

Después de salir del aturdimiento que le causó la insospechada desaparición de Borbarón, el Visitante se acercó entristecido a los gemelos Candelán y Sandelón Rústela Vartatriz, que le miraron como si supieran de antemano lo que iba a decirles.

—También debo despedirme de vos, Candelán, y de vos, Sandelón, pero tened la certeza de que el aprecio que os guardo es sincero y seguirá vivo en mi recuerdo por mucha que sea la torpeza de mi memoria.

—No esperábamos menos de un joven tan gentil. Pero no temáis por nosotros, es nuestro sino —dijeron ambos a la par, desapareciendo al instante como dos espectros que se llevara el viento.

Luego se dirigió a Gorgonán y dijo:

—Puesto que vos esperabais mi llegada, he decidido que seáis vos quien me acompañe en mi partida.

—¡Lo haré encantado! —exclamó Gorgonán sin disimular su alegría—. Y puesto que hemos de partir a algún lugar lejano, mejor será que lo hagamos cuanto antes. La barcaza está preparada en el embarcadero con algunas provisiones que espero sean de vuestro agrado.

—Cuando vos gustéis —dijo el Visitante con un amago reverencial.

—Seguidme, pues —correspondió Gorgonán, echándose a andar.

Bajo un cielo de seda se encaminaron hacia el embarcadero, pero al poco de iniciar la marcha el joven detuvo de súbito sus pasos junto a una hilera de chopos dorados y preguntó intrigado a Gorgonán:

—¿Podéis decirme cómo han desaparecido Borbarón, Candelán y Sandelón?

—No os inquietéis por ellos. Probablemente no anden muy lejos de aquí. Recordad lo que os dije: cada uno de nosotros es uno y es todos —respondió Gorgonán con destellos mágicos danzando en sus ojos.

Y el Visitante supo entonces que, de algún modo oculto, aunque fascinante, Borbarón, Candelán y Sandelón también los acompañarían en su viaje.

CAPÍTULO 03

El lago de Fergonol estaba rodeado por un circo de montañas puntiagudas como lanzas, que se elevaban sobre el cráter de un viejo volcán apagado. Sus aguas servían de espejo a las coquetas cimas de nieves perpetuas y en sus riberas se reflejaba una acumulación de riscos de lava arropados por multitud de chopos, abedules y fresnos, duplicando un paisaje majestuoso y fantástico. La calma era total cuando el Visitante y Gorgonán subieron a la frágil barcaza que los aguardaba en el embarcadero, bajo la mirada atenta de una bandada de patos de vistosos plumajes que dibujaban ondas infinitas sobre la quieta superficie del agua.

—Elegid el rumbo que más os agrade —dijo Gorgonán mientras se esforzaba por mantener el equilibrio y se acomodaba en un extremo de la endeble barcaza, dando la espalda a proa.

—¿Creéis que este inservible trasto nos conducirá muy lejos de aquí? —replicó el Visitante, receloso de la seguridad y consistencia de su imprevista embarcación.

Gorgonán bostezó, se removi6 como si se dispusiera a dormir una siesta y dijo con desd6n:

—Todo dependerá de la fuerza de vuestros brazos. Avisadme cuando hayamos llegado, yo debo dormir ahora, navegar me produce mareo. Os ruego que me excuséis y os deseo buena travesía.

La voz del joven tembló cuando quiso hacer patente su fastidio.

—Pe... pero..., ¿có... cómo que os vais a dormir ahora? ¿Y adónde tenemos que llegar?

Gorgonán abrió un ojo con la parsimonia de una vieja lechuza soñolienta.

—Buscáis vuestro nombre, ¿no es cierto?

—Sí..., bueno..., eso creo —titubeó el joven, aturdido.

—Pues entonces partid a buscarlo antes de que otro lo encuentre y se lo quede para siempre. ¿Os imagináis viviendo sin nombre por toda la eternidad?

El joven no supo qué responder. Ni siquiera tenía claro que carecer de nombre fuera algo que importara realmente. Incluso, pensó, podría inventárselo. No era difícil inventar nombres. Cualquiera podía hacerlo con un poco de imaginación. Pero cuando se disponía a encontrar uno que resultara de su agrado, su mente se quedaba tan blanca como la nieve que destellaba en la lejanía. Así que optó por empujar la barcaza con uno de los remos y, una vez separado del embarcadero, empezó a remar lago adentro en la misma dirección en que soplaba el viento.

—¡Ah!, se me olvidó deciros que guardéis cuidado del dragón Narbolius, es bastante impertinente y travieso, y no dudará en fastidiaros con sus pesadas bromas si os cruzáis en su camino —dijo Gorgonán al pronto, volviendo a abrir uno de sus ojos como si le guiñara a las estrellas.

Los ojos del joven pugnaron por desprenderse de sus órbitas, presos de un estupor desbordado.

—¿Un..., un dragón decís?

—Sí, es una de esas criaturas aladas, de cuello prolongado y cola puntiaguda, que lanzan fuego por unas fosas nasales oscuras como guaridas de lobos. Pero tampoco os inquietéis demasiado por su presencia. Es bastante inofensivo y bobalicón.

Remó con lentitud, acompañado sólo por el chasquido de los remos al romper el agua y atento a cualquier movimiento extraño de la superficie del lago. Suponía que la proximidad de un dragón que surgiera de sus enigmáticas profundidades habría de percibirse incluso desde la distancia, elevándose como una ola gigantesca antes de hacerse visible a sus ojos.

Así navegó hasta el anochecer. Entre tanto, Gorgonán parecía dormir un sueño eterno. Pero no fue la presencia inopinada del dragón Narbolius lo

que turbó los cansados sentidos del joven hasta avivarlos como se aviva una hoguera.

—¡Mirad allí, Gorgonán, en el horizonte! —gritó excitado por la presencia de una sombra fantasmal que se recortaba algunas millas hacia el oeste.

Gorgonán se desperezó y asomó la cabeza tímidamente por la borda de la barcaza. La luz del crepúsculo se desvanecía tiñendo las aguas del lago del color del cobre fundido y en el horizonte ondeaban las velas de un barco siniestro, negras como las tinieblas de la noche.

—Ése es el barco pirata del despiadado capitán Uklin, el Vikingo. Mejor será que reméis con todas vuestras fuerzas hacia el este, y aun así dudo que podáis escapar a su captura —dijo Gorgonán con tono lastimero.

El Visitante murmuró algo inaudible, resopló asustado e hizo girar los remos de la barcaza como las aspas de un molino. Por unos momentos, la proa pareció levantarse sobre el agua, pero pronto el agotamiento del joven acabó por impedirle la huida. La sombra fantasmal del barco vikingo crecía a sus espaldas con una apariencia tenebrosa y no tardó en darle alcance. Sobre el palo mayor ondeaba al viento una bandera negra en cuyo centro brillaba, iluminada por el mágico resplandor de una luna hechizada, la monstruosa figura de una serpiente de dos cabezas que se agitaban entre vivaces lenguas de fuego. De súbito, en el silencio de la noche se oyó una voz ronca y temible proveniente del navío pirata.

—¿Cómo osáis navegar por mis dominios con tan insolente descaro?

La voz del despiadado capitán Uklin se expandió sobre el agua, arrastrada por un eco misterioso y sobrecogedor que sacudió la barcaza con la fuerza de un tifón. El joven se aferró a los remos para que su frágil embarcación no volcara y miró aterrado al viejo duende.

—¡Contestadle, vamos, contestadle antes de que se enfurezca! —le aconsejó Gorgonán, haciendo aspavientos en el aire con sus huesudas y arrugadas manos.

Una leve disculpa brotó tímidamente de la boca del muchacho, que no acertaba a entender por qué Gorgonán no le había advertido antes de partir de los peligros que le acecharían en su viaje.

—Disculpadme, señor, pero no sospechaba que esta humilde barcaza pudiera perturbar vuestra tranquilidad, y mucho menos que estas aguas fueran vuestro reino, pues de haberlo sabido os juro por mi honor que jamás me hubiera atrevido a adentrarme en ellas —dijo sumisamente, al tiempo que miraba a Gorgonán con ojos de reproche.

Luego elevó su mirada al castillo de proa del navío corsario y vislumbró la gigantesca figura de un hombre perfilada al trasluz del cielo neblinoso. Iba embutido en una amplia capa de piel de oso y tocado con un casco de vikingo, bajo el que se adivinaba un rostro difuso y temible. Un silencio fúnebre voló sobre el lago, antes de que la voz del despiadado capitán Uklin volviera a sacudir sus aguas.

—¡Vuestra sinceridad es encomiable, pero ello no evitará que os haga mi prisionero! Subid a bordo y daos por cautivo —dijo el temido vikingo de barbas rojas. Luego se dirigió a sus hombres y gritó:

—¡Soltad la escala!

Al instante, un grupo de fornidos corsarios lanzó por babor una escalera de cuerda. La mantuvieron fuertemente aferrada mientras el Visitante ascendía con dificultad por ella, seguido de Gorgonán, a quien nada parecía perturbarle.

Cuando alcanzó el último tramo, los poderosos brazos del capitán Uklin lo izaron hasta el interior del navío como si fuera un pescado recién salido del agua, entre el júbilo y el griterío de la malvada tripulación.

—¡Buena cena para esta noche, capitán! —aulló un marinero con el rostro desdibujado por infinitas cicatrices.

—¡Colguémoslo del palo mayor hasta que esté seco como una anguila! —bramó otro vikingo al que le faltaba una oreja.

—¡Mejor guardémoslo como cebo de osos! —sugirió un tercero, cuellilargo como una jirafa, y al que le faltaban todos los dientes.

—¡Que camine por la tabla con los ojos vendados! —corearon otros con aspecto no menos espeluznante.

Mas el barullo cesó pronto. Bastó que el despiadado capitán Uklin levantara su brazo derecho en señal de silencio para que todos le obedecieran como una jauría de perros adiestrados. Luego se dirigió al

joven, que permanecía tendido en el suelo junto a Gorgonán, giró alrededor de él observándolo minuciosamente y le preguntó con fingida ternura:

—A juzgar por vuestros ropajes no parecéis privado de fortuna. Decidme, ¿cómo os llamáis?

La pregunta restalló en los oídos del Visitante como el estallido de un trueno. Miró el rostro del hombre que le hablaba y, sin embargo, nada vio que no fueran unos ojos enrojecidos, astutos y siniestros, ocultos bajo espesas cejas doradas. Luego se dispuso a decir su nombre, pero algo inexplicable se lo impedía. Había olvidado que no recordaba su nombre, ni quién era, ni qué hacía en ese lago insufrible acompañado por un viejo duende del que tampoco conocía nada.

—¿Os ha cortado la lengua algún verdugo? —dijo el capitán con retintín, al tiempo que lanzaba al aire una escandalosa risotada.

Los demás piratas se hicieron eco de las carcajadas de su jefe y rieron alocadamente hasta que el poderoso brazo del capitán Uklin los hizo callar de nuevo, no sin brusquedad.

—No sé quién soy, ni cuál es mi nombre —respondió penosamente el Visitante al cabo de unos segundos de hondo silencio.

—¿Habéis oído eso? —exclamó el capitán Uklin deslizando su oscura mirada sobre los temibles rostros de sus hombres. Luego, dirigiéndose otra vez al muchacho, le dijo:

—Hum... De modo que no tenéis nombre ni sabéis quién sois. ¿Sois acaso una foca? ¿Tal vez un león marino? —El tono de su voz se iba elevando a medida que hablaba—. ¿Un cachalote, un tiburón, un pez luna? ¿Una sardina, tal vez? —concluyó con sarcasmo, volviendo a provocar las risas de sus marineros.

El aturdimiento del joven se hizo aún más evidente.

—Será mejor que lo expliquéis vos —dijo en un suave susurro, dirigiéndose a Gorgonán, que permanecía silencioso a su lado.

Los vikingos lo contemplaron descreídos y atónitos. Luego todos miraron alrededor como si buscaran un objeto valioso que se hubiera extraviado entre sus piernas. La expectación creció en torno al joven, pues junto a él no había más que unos cabos de cuerda y algunos cubos de baldear.

—¿A quién os referís? —preguntó intrigado el capitán con melosa voz. El Visitante extendió la mano y señaló al duende.

—A Gorgonán Plaistelo de Luganderbo, él es quien me acompaña.

Los gritos airados de algunos marineros rompieron otra vez la calma reinante.

—¡Al agua con él, está mintiendo!

—¡Sí, pretende engañarnos fingiéndose loco!

—¡Es un farsante, a la horca!

—¡Que se lo coman las moscas!

Pero en esta ocasión fue suficiente la mirada furibunda del capitán Uklin para que todos callaran y contemplaran el diálogo entrecortado que el joven mantenía con un ser invisible.

—Deberíais haberme advertido —dijo el Visitante algo irritado.

—Sí, sí, ya sé que son las reglas del Laberinto, pero nunca imaginé que sólo yo podría veros y oíros —añadió con los ojos clavados en la débil figura de Gorgonán, que, sin embargo, permanecía invisible a los ojos del resto de los presentes.

El capitán Uklin se acercó a él con gesto destemplado, lo alzó en el aire como a un muñeco y le espetó:

—¿Habéis terminado vuestra cómica representación?

Y como quiera que no tuvo respuesta del joven, cuyo semblante empalideció hasta adquirir la blancura y frialdad de la cera, continuó con sorna:

—Pues si es así, podéis ocupar vuestra noble cochinería en mi modesto bajel.

Lo dejó otra vez sobre cubierta y gritó a sus hombres:

—¡Encerradlo en la bodega!

Varios marineros lo cogieron en volandas, y entre la algarabía de la tripulación lo bajaron al calabozo más oscuro del barco con el mismo estrépito que si se hubiera producido un motín a bordo.

El joven pataleaba en el aire y gritaba desesperado:

—¡Os equivocáis, capitán Uklin, os equivocáis!

La sombra siniestra del capitán se quedó contemplando la escena impasible, aunque con una duda clavada en su mente: «¿Cómo podía saber

aquel atrevido muchacho su nombre?».

CAPÍTULO 04

El calabozo, situado en la bodega del barco, era diminuto y oscuro como la madriguera de un topo. Un jergón de paja tirado en el suelo, una mesita, un taburete destartalado y un redondo plato de latón oxidado constituían todo el mobiliario de la estancia.

Al entrar en aquel cajón de madera de tres cuerpos de largo por dos de ancho, y apenas un poco más alto que él mismo, el joven se sintió entristecido y abandonado por su suerte.

—¡Que las ratas os coman los pies! —soltó el vikingo que cerró la puerta tras él, produciendo con la enorme llave del calabozo un sonido metálico y estridente.

El Visitante miró a su alrededor, se dejó caer sobre el jergón de paja y contempló a Gorgonán con ojos apesadumbrados.

—Creo que debo de estar soñando —dijo.

Gorgonán se sentó junto a él, encogió sus diminutas piernas, las cruzó por los pies y exclamó:

—¡Ah, los sueños! No siempre es fácil distinguirlos de la realidad. Pero ¿qué importa eso ahora? Sólo debéis pensar en cómo salir de aquí y en cómo libraros del despiadado capitán Uklin.

—¿Vos me ayudaréis? —preguntó anhelante el joven.

El rostro de Gorgonán se ensombreció, como si la pregunta que le hacía el Visitante cayera sobre su ánimo con la pesadez del plomo.

—Me temo que no podré hacerlo. Yo no puedo cambiar el curso de vuestra existencia ni impedir que se cumplan los antojos del destino. Eso es algo que sólo vos podéis remediar.

—¿Y cómo podré hacerlo?

—Tal vez debáis usar vuestra razón. Es el mejor medio, para encontrar respuestas a vuestras propias preguntas —dijo Gorgonán.

La confusión se adueñó del Visitante y un tropel de interrogantes se desbocó en su mente. ¿Qué era la razón? ¿De qué modo podía servirle para encontrar respuestas a sus dudas? ¿Cómo podía usar su razón para librarse del despiadado capitán Uklin?

—Vais por buen camino, ése es el principio de toda sabiduría. No existe respuesta sin pregunta, aunque tal vez sean muchas las preguntas que aún no tienen respuesta. La razón es el medio para determinar lo uno y lo otro, y si queréis salir de aquí lo mejor es que penséis en cómo podéis hacerlo.

El Visitante quedó sumido en sus propios pensamientos, reflexionando sobre su difícil situación y el modo de remediarla. Pero también el capitán Uklin le daba vueltas a la cabeza en su desvencijado camarote del castillo de babor. Sentado ante su mesa de mapas marinos e iluminado por un herrumbroso candelabro, mascullaba el modo de obtener algún beneficio de su imprevisto prisionero, que por su aspecto se diría que era un príncipe extraviado. A buen seguro que alguien pagaría un buen rescate por él, se dijo para sí. Pero también le inquietaba que el joven le hubiera llamado por su nombre. Ninguno de sus hombres lo había pronunciado en su presencia y no podía explicarse cómo pudo entonces conocerlo. Por ello sentía un repelús extraño recorrerle las venas, como si presintiera que algo mágico protegía al muchacho. Tal vez no le había mentido al decirle que un ser invisible lo acompañaba, pensó. De modo que se levantó de su mesa, cogió su pulido casco vikingo, abrió la puerta de su camarote, salió a cubierta, miró el cielo pintado de estrellas que se elevaba sobre las negras velas de su barco pirata y gritó a dos de sus hombres:

—¡Traedme al muchacho!

No tardaron en regresar a cubierta acompañados del Visitante y del resto de los marineros, que de inmediato formaron en torno a él un corro de rostros perversos y mudos.

—De manera que conocéis mi nombre —insinuó el capitán Uklin con voz adulatora y ojos escondidos, esperando ver el efecto que sus palabras causaban en el muchacho.

—¡Oh, sí, sin duda! —exclamó el Visitante con gran desparpajo—. Vos sois..., vos sois el despiadado capitán Uklin.

Las palabras del muchacho confirmaron al temible pirata en sus sospechas. Era evidente que conocía su nombre, e incluso le enorgullecíó que lo llamara «despiadado capitán Uklin», pero la cuestión era: ¿cómo podía saberlo?

—Sin embargo, afirmáis no conocer el vuestro —añadió, dejando al joven responder a su solapada pregunta.

—Es verdad, lo he perdido —aceptó el Visitante.

Al oír esto, los hombres del capitán Uklin irrumpieron de nuevo en un clamor de carcajadas.

—Nosotros os pondremos uno —manifestó el capitán, bastando su voz para que volviera a reinar el silencio.

Pero cuando el despiadado vikingo intentó decir un nombre con el que llamar al muchacho, enmudeció como si la lengua se le hubiera pegado al paladar. Volvió a intentarlo ante el estupor de sus hombres, pero sólo un bufido incomprensible salió de sus labios. Algunos piratas achicaron los ojos al ver los infructuosos esfuerzos de su jefe, en un vano intento de ayudarlo, pues también ellos enmudecieron al pretender sugerir algún apelativo, a buen seguro inadecuado, grosero o impertinente.

—¡Está bien! —Gruñó el capitán—. ¿Cómo explicáis que mi nombre os sea conocido y el vuestro, sin embargo, ignorado?

—Ya os he dicho que el mío he debido extraviarlo en mi viaje; tampoco sé quién soy, ni adónde voy, ni lo que buscaba en este misterioso lago; en cuanto a vuestro nombre, fue Gorgonán quien me habló de vos en la barcaza, al ver este barco recortado en el horizonte al anochecer.

Aún no había terminado de exponer sus argumentos cuando comprobó que Gorgonán no estaba a su lado, ni tampoco en los alrededores. Un escalofrío le recorrió la piel, como si del cielo cayeran sobre él diminutas gotas de agua helada.

—¿Y dónde está ese tal Gorgonán ahora? —inquirió el capitán rascándose su roja barba.

El Visitante volvió a mirar ansioso en torno a él, pero nada vio que no fueran los macabros rostros de sus captores.

—También él ha desaparecido, no consigo verlo ahora —murmuró cabizbajo—. Tal vez se haya quedado en el calabozo.

Un par de mordaces marineros se precipitaron hacia la bodega por la escotilla más cercana, antes incluso de que el capitán Uklin se lo ordenara, pero pronto regresaron tan solos y desconcertados como habían partido. Sin embargo, antes de que el temido capitán volviese a dirigirle su siniestra mirada, un silbido agudo vibró en los oídos del joven, proveniente del mástil del barco.

—¡Allí está! —gritó con gran regocijo, señalando la punta del palo mayor, junto a la bandera con dos cabezas de serpiente que danzaban entre vivaces lenguas de fuego.

Sabía que el viejo Gorgonán no lo abandonaría y no se equivocó. Colgado como un murciélago del trinquete del palo mayor, Gorgonán le dedicó su más amable sonrisa, al tiempo que soplaba su cachimba y lanzaba al viento una lluvia multicolor de pompas de jabón que quedaron suspendidas mágicamente sobre el barco.

Todos giraron sus cabezas hacia el lugar al que el muchacho apuntaba con su brazo extendido y dejaron escapar una exclamación de sorpresa al vislumbrar junto a su bandera un extraño resplandor, una hermosa luz que parecía flotar en el aire junto a infinitas pompas de jabón que destellaban como si el sol se hubiera prendido en ellas.

—¡Acabemos con él, es un brujo disfrazado de muchacho! —aulló un marinero que tenía los ojos saltones como un sapo.

—¡Traerá la desgracia a este barco!

—¡A la horca! —proclamó otro, que babeaba igual que un perro de presa.

El resto coreó el grito de este último y adoptó una actitud agresiva, blandiendo sus espadas al aire como si se dispusieran a entrar en combate con un enemigo hechizado.

—¡Lo someteremos al juicio de la Verdad! —sentenció el capitán al fin, alzando también su espada al cielo como si intimidara con ella a las estrellas.

CAPÍTULO 05

Después de que el capitán Uklin decidiera someter al joven al Juicio de la Verdad, una frenética e inusual actividad se extendió como la pólvora encendida por la cubierta del navío vikingo. Algunos marineros recogieron las velas, otros despejaron la cubierta de baldes vacíos y cabos de cuerda ennegrecida, encendieron las antorchas, y luego acercaron unos barriles panzudos que sirvieron para formar el estrado en el que se situó el tribunal.

El muchacho tembló al ver la tez pardusca y los ojos de alimaña de los tres vikingos que formaron el jurado, y no le cupo duda alguna de que si algo no lo remediaba aquellos malvados lo condenarían a la horca con la misma frialdad en su alma que la del hielo de un iceberg. Sólo la amable sonrisa de Gorgonán, que ahora se había sentado en el puesto de vigía, sobre la vela mayor, le procuraba algún sosiego.

—¡Que empiece el juicio! —gritó el pirata más viejo del tribunal.

Al instante, el capitán Uklin tomó la palabra haciendo las veces de un honorable fiscal. Pero apenas había iniciado su discurso sobre los engaños del joven y los cargos de los que se le acusaba cuando un pirata delgado, larguirucho y risueño se acercó a él y le susurró algo al oído que nadie más oyó. El capitán meditó un instante y dijo al fin:

—Está bien, seamos justos... ¡Que lo defienda el cocinero!

Los marineros se miraron entre sí atónitos y murmuraron silenciosamente su desacuerdo sin atreverse a manifestarlo de forma expresa. De sobra sabían que su capitán nunca discutía sus decisiones, así es que esperaron a que el cocinero, que nunca intervenía en asuntos de piraterías y maldades, hiciera acto de presencia en cubierta. Cuando así lo

hizo, todos los marineros se apartaron de su camino, abriendo en torno a él un ancho pasillo por el que sus más de trescientas libras de peso pudieran transitar hasta el estrado del insólito tribunal.

—Pero ¿qué demonios hacéis con este muchacho? —exclamó al ver al joven sentado sobre una cubeta invertida que hacía las veces de un improvisado banquillo.

—Es un impostor y debe ser juzgado por ello. Tú lo defenderás —le explicó el capitán Uklin de forma sumamente resumida.

El cocinero hizo ondular su enorme papada y preguntó:

—¿Y puede saberse de qué se le acusa?

Los ojos del capitán bailotearon en sus oscuras órbitas.

—Se... se... se le acusa de no decir la verdad —titubeó—. Ésa es razón suficiente... ¡Y basta ya de chácharas!

Los ciento cincuenta kilos del cocinero se movieron sobre la cubierta del barco con la lentitud y pesadez de un hipopótamo.

—¿La verdad? ¿Acaso sabe alguno de vosotros lo que es la verdad, hatajo de Farsantes? —inquirió desplazando sus chispeantes ojos de un pirata a otro, desafiante.

Pero nadie le contestó. Sólo el capitán pareció estar dispuesto a entrar de lleno en ese debate.

—¡Sólo es verdad lo que pueden ver los ojos! —dijo el capitán con petulancia—, y este joven pretende hacernos creer con embrujos que un ser invisible lo acompaña.

Algo, desde el puesto de vigía, llamó la atención del cocinero. Alzó hasta allí sus ojos y luego preguntó al Visitante:

—¿Es ése tu amigo?

El Visitante asintió con una leve inclinación de su cabeza, admirado porque alguien creyera al fin en él. Desde que había sido convertido en prisionero creía estar viviendo una pesadilla de locos y por eso le reconfortó que aquel corpulento vikingo, gordo como una ballena y valiente como un delfín, se hubiera convertido en su espontáneo defensor.

—No hay engaño alguno en las palabras del muchacho, también yo veo al viejo sentado allá arriba —dijo el cocinero con gran convicción.

—¡Eso no es cierto! —bramó el capitán Uklin.

—Ah, ¿no? —soltó provocador el corpulento cocinero—. ¿Habéis mirado bien, capitán? Tal vez vuestra vista no alcance a ver más allá de vuestras sucias narices.

Un grupo de piratas rompió a carcajadas, pero la mirada enfurecida del capitán los hizo callar al instante. El cocinero era el único de la tripulación a quien el capitán Uklin le consentía alguna que otra impertinencia, pues era rebelde y terco como un toro, pero el mejor cocinero que se conociera. Luego miró al trinquete del palo mayor y vio sentado sobre él a un hombre diminuto que le sonreía mientras agitaba las piernas en el vacío. Incluso se restregó los ojos, creyéndose presa de una alucinación. Pero fue tal el miedo que sintió al verlo que no se atrevió a mirar de nuevo. La magia le producía verdadero espanto.

—¡De acuerdo, tú ganas, Dongo! —aceptó el capitán dirigiéndose al cocinero, pues ése era su nombre, e inmediatamente ordenó a sus hombres:

—¡Soltad al muchacho! Tal vez diga la verdad.

A pesar de las protestas de los marineros, y muy especialmente de los componentes del tribunal, que ardían en deseos de presenciar una ejecución sumarísima, el capitán Uklin se mantuvo firme en su decisión. Dongo, el cocinero, lanzó un guiño fugaz al Visitante, se acercó a él, le echó su voluminoso brazo sobre el hombro y le dijo sin protocolos ni tratamientos:

—Ven conmigo a la cocina, muchacho. Esas negras ojeras me dicen que no has comido mucho en estos días.

Y ambos se fueron en busca de una cena succulenta mientras Dongo le hablaba al joven de las hermosas truchas que guardaba en su despensa para grandes ocasiones como ésta. Luego, ya en la cocina, le preguntó:

—Dime, muchacho, ¿cómo te llamas?

El joven pensó un instante y al cabo contestó afligido:

—No consigo recordar mi nombre. Gorgonán dice que tal vez lo haya perdido.

—Pues entonces habrá que buscarlo. Los nombres no suelen ir muy lejos cuando se extravían —dijo el cocinero sonriendo, al tiempo que colocaba ante el muchacho un humeante plato de latón con un par de truchas asadas y regadas con aceite y perejil picado.

Dongo dejó que el muchacho devorara como un oso hambriento el pescado y simuló luego estar buscando algo indefinido entre los muchos cacharros de su desordenada cocina.

—¡Ya lo tengo! —exclamó alborozado, fingiendo haber atrapado algo con sus regordetas y grandes manos.

El joven dejó de comer y observó los movimientos de Dongo con atención. Éste se acercó a él, llevó sus manos cerradas a la altura de sus labios y dijo satisfecho:

—¡Aquí está tu nombre!

—¿De veras? —preguntó el muchacho, inquieto.

—Sopla en mis manos, tal vez consigamos hacerlo salir.

Bastó que el joven dirigiera un ligero soplo sobre las manos de Dongo para que éste las abriera lentamente y de ellas saliera, dibujándose ante sus ojos, con caracteres de humo, la palabra JUNCO.

—¡Junco! —exclamó asombrado el joven, al tiempo que las letras se elevaban y se desvanecían en el aire como un espectro.

Dongo lo contemplaba con semblante intrigado.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —preguntó el muchacho.

—¡Oh, no ha sido nada difícil! La magia siempre se hace visible a los ojos de la inocencia —contestó el cocinero dando a sus palabras un tono solemne.

Y desde ese instante, Junco se sintió el joven más afortunado de la Tierra y no pudo contener su alegría. Al fin había encontrado su nombre.

CAPÍTULO 06

Aún pasaron algunos días antes de que Junco volviera a encontrarse de nuevo con Gorgonán. No veía a su viejo y enigmático amigo desde que Dongo lo llevara a la cocina del barco, y aunque lo echaba de menos y su corazón ardía en deseos de comunicarle que al fin había encontrado su nombre, lo cierto es que estuvo tan ocupado aprendiendo las labores de marinero que, al llegar la noche, cuando se arrebujaba en el camastro del pequeño y confortable camarote de popa que Dongo había preparado para él, caía tan cansado que sus sueños se perdían entre mil aventuras de piratas, antes incluso de que llegara a cerrar los ojos. Hasta pensó que Gorgonán se había hecho invisible también para él, como lo había sido para todos los vikingos del barco a excepción de Dongo y, durante un instante, del mismísimo capitán Uklin. Sin embargo, ahora todo era distinto, y los mismos marineros que antes clamaban para que su cuerpo sirviera de alimento a los osos, o para que caminara por la tabla con los ojos vendados, o para que lo colgaran del palo mayor hasta que se secase como una anguila, ahora lo llamaban con agrado para que les ayudara en las tareas del barco: «¡Junco, ata ese cabo!», «¡Junco, baldea la cubierta!», «¡Junco, aguanta el timón!». Y cada vez que oía su nombre, Junco levantaba la cabeza como un perrillo doméstico y acudía ilusionado y presto a la llamada.

También el despiadado capitán Uklin se sentía reconfortado en compañía de Junco, y no dudaba en llamarlo para mostrarle el horizonte cobrizo de los atardeceres o el modo en que el viento cálido del sur inflaba las velas y hacía navegar su barco con la velocidad de un pez volador. Por

eso Junco se sorprendió al contemplar su rostro sin que la siniestra sombra del casco vikingo lo ocultara, pues sus ojos, antes sesgados y fríos, ahora se le antojaban menos temibles y más risueños.

—¿De verdad es tan despiadado el capitán Uklin como dicen? —preguntó Junco a Dongo, después de haber pasado una divertida y encantadora tarde atendiendo las enseñanzas del capitán sobre el manejo del timón y el modo de aprovechar los vientos de costado.

Dongo avivó el fogón de su cocina, colocó sobre ella una enorme olla repleta de un guiso que desprendía aromas deliciosos y dijo:

—Nunca hagas caso de las habladurías, muchacho.

—Entonces, ¿no es cierto que sea un pirata malvado? —insistió Junco, satisfecho por la confirmación de sus presentimientos.

—Bueno, digamos que sólo relativamente. Llevamos muchos años navegando por este lago en busca de tesoros y batallas, haciendo ondear al viento nuestra aterradora bandera. Pero aún no hemos encontrado ningún cofre colmado de oro ni a nadie con quién combatir. Tú has sido su primer enemigo —dijo el cocinero sin dejar de remover el guiso con un gigantesco cazo de madera.

—¡Oh, pobre capitán! —exclamó Junco.

El cocinero hizo zigzaguear su enorme cuerpo redondo entre un sinfín de cacharros herrumbrosos y cogió algunas especias de un bote de latón, las esparció sobre el guiso con la ceremoniosidad de quien prepara una pócima magistral y dijo:

—Tampoco te preocupes demasiado por él, es muy feliz a su manera. Tal vez lo que menos le importe sea encontrar un tesoro o combatir en una batalla, pero le encanta soñar con ello. Además, nunca sabría qué hacer con el oro; y estoy seguro de que sería incapaz de matar a un sapo orejudo, aunque le guste parecer un malvado.

—Pero los piratas han sido siempre gente perversa y embustera, ¿no creéis? —preguntó Junco algo confundido.

—Eso al menos cuentan las leyendas. Pero también hubo en la historia piratas que defendieron causas nobles. Hasta los piratas son libres para elegir entre el bien y el mal, entre la bondad y la maldad, entre la justicia y la injusticia...

La voz del cocinero se vio interrumpida de súbito por la del capitán Uklin, que en ese preciso instante entró en la cocina.

—Ya veo que Dongo os cuida y alimenta debidamente —dijo el capitán, siempre respetuoso con el tratamiento a los desconocidos, pues sólo tuteaba a sus hombres.

Junco asintió.

—¡Oh, sí, nunca degusté manjares más exquisitos, os lo aseguro!

Dongo se sintió halagado y no ocultó su satisfacción.

—Este pequeño pollo —dijo refiriéndose al muchacho— se comerá todo el trigo de este granero.

Por primera vez vio Junco sonreír al capitán Uklin, y sintió por ello un extraordinario regocijo. Tal vez Dongo tuviera razón, pensó.

—Pues cuídate de guardar algo para mis marineros si no quieres que los blancos tocinos de tu piel acaben en la bodega, hechos rodajas conservadas en sal —bromeó el capitán con voz grave.

Un estampido sordo bramó entonces sobre el barco.

—Ese trueno anuncia tormenta. —Presagió Dongo mirando al techo de su cocina un poco alarmado por el estruendo.

—¡Al fin! —exclamó el capitán, y salió corriendo de la cocina como si hubieran anunciado un fuego a bordo.

Junco miró al cocinero como si le solicitara permiso para ir con su jefe, y viendo que Dongo se lo otorgaba con un leve bamboleo de su cabeza, corrió también hacia la cubierta del barco con la ilusión de la aventura danzando en sus ojos.

—¡Arriad las velas, hatajo de gandules! —gritaba el capitán a sus hombres cuando Junco llegó a su lado en el castillo de popa—. ¡Mantened el timón a babor!

El viento silbaba melodías de espanto entre las velas del barco mientras los marineros corrían de un lado a otro, contentos de que la tormenta se desatara al fin, y con el ferviente deseo en sus almas de que aún fuera más terrible que la última de hacía unos meses. De algún modo, éstas eran sus únicas diversiones a bordo.

Poco a poco las aguas del lago fueron encrespándose hasta formar enormes olas que lanzaban crestas de espuma blanca contra la cubierta del

barco, convulso como una cáscara de nuez en medio de la tormenta, al tiempo que el cielo se encendía sobre las velas pintándose del color del fuego con los destellos de los relámpagos.

—¡Volved a la cocina con Dongo, éste no es lugar para un muchacho como vos! —le gritó el capitán ante el peligroso cariz del vendaval. Probablemente no hubiera conocido otro como aquél.

Junco estaba empapado, aunque divertido. Las olas y la lluvia caían sobre la cubierta del navío inundándola y arrastrando cuanto encontraban a su paso. Ni siquiera tuvo tiempo de responder al capitán: una ola gigantesca lo elevó en el aire y lo lanzó fuera del barco.

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua! —gritó el capitán Uklin desesperado.

Al oírlo, todos los marineros acudieron precipitadamente al castillo de popa y desde allí buscaron el cuerpo de Junco con los ojos abismados entre las olas. Pero una sombra de pesadumbre les cubrió el rostro al no encontrar otra cosa que la agitada espuma blanca bosquejando siluetas fantasmales sobre el agua.

—¡Hubiera sido un buen pirata vikingo! —lamentó el capitán, y una diminuta lágrima resbaló por su mejilla.

Junco no sabía nadar y las olas jugaron con él como si fuera una bola de pelusa en brazos de un viento huracanado. «¿Dónde estará Gorgonán?», se preguntó mientras pataleaba aterrado y se esforzaba por mantener su cuerpo en la superficie del agua. Pero al pronto sintió que algo bajo sus pies lo empujaba y lo elevaba del mismo modo que si se hubiera, subido a la grupa de un alocado caballito de mar.

Fue entonces cuando la dorada silueta del dragón Narbolius se recortó en la negrura de la noche llevando entre sus alas a un muchacho alucinado, que veía cómo sus pies se alejaban del lago y cómo, allá abajo, el navío pirata del audaz capitán Uklin, el Vikingo, se batía contra la tormenta. Y a Junco aún le pareció oír, antes de atravesar el espeso manto de nubes agrisadas que dividían en dos el firmamento, la entristecida voz del capitán Uklin que le decía a Dongo:

—Pobre muchacho, se lo han tragado las olas.

CAPÍTULO 07

Cuando Junco despertó, el dragón Narbolius seguía tumbado junto a una roca próxima a la orilla del lago, mirándolo con sus bobalicones ojos de azafrán perdidos en el infinito. De los orificios de su alargada nariz se desprendían filamentos de humo y de vez en cuando bostezaba con aire aburrido y alelado. Pero lo que más llamó la atención de Junco al verlo fue su tamaño, pues mientras que él lo recordaba esbelto y alto como un caballo alado, el dragón que ahora tenía ante sí apenas alcanzaba el tamaño de una iguana o un lagarto. Tampoco tardó en percatarse de la presencia de Gorgonán, que sentado bajo un chopo de hojas exuberantes entretenía el tiempo recolectando ramitas esparcidas por el suelo, con el sosiego y la indiferencia en él acostumbrados.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó Junco a Gorgonán, aún algo desconcertado.

—Os caísteis al agua y Narbolius os salvó —respondió Gorgonán con gesto ausente.

Junco deslizó su mirada hasta el dragón.

—¿Os referís a él? —inquirió con una leve oscilación de sus ojos.

—¿A quién si no?

El pequeño dragón intuyó la siguiente pregunta de Junco, y antes de que la formulara comenzó a crecer y a hincharse como un globo hasta alcanzar el tamaño de un dinosaurio. Su aspecto ahora era, en verdad, pavoroso, aunque en sus ojos azafranados seguían destellando brillos de mansedumbre.

Junco gateó asustado hasta el tronco del chopo que lanzaba su sombra sobre Gorgonán, al tiempo que el dragón adquiría el mismo tamaño que tuvo cuando la noche anterior lo sacara del agua, volando como Pegaso.

—Ya os dije que Narbolius no dudaría en fastidiaros con sus pesadas bromas si os cruzabais en su camino. Ésta de crecer y disminuir a su antojo sólo es una de ellas, aunque la más espectacular, sin duda. Pero a él le debéis la vida y bien haríais en agradecerse.

—¿Puede hablar? —preguntó Junco admirado mientras el dragón volvía a hacerse pequeño como un camaleón y él representaba una leve reverencia en señal de gratitud.

—¡Oh, no! —exclamó Gorgonán sonriendo—. Pero seguro que os comprenderá —añadió, a la vez que se reclinaba y cogía al dragón entre sus manos.

Luego lo depositó con suavidad junto al montón de ramitas secas que había recolectado mientras el joven dormía y le pidió:

—Enciéndelo, por favor.

El dragón resopló obediente y por su pequeña boca de cocodrilo achatado lanzó una lengua de fuego azul que prendió al instante en la hojarasca.

—¡Es fantástico! —exclamó Junco.

La modestia de Gorgonán restó importancia al asunto.

—Tan fantástico como el modo en que al fin encontrasteis vuestro nombre —dijo animoso.

Narbolius se deslizó sigiloso por la tierra húmeda, se acomodó sobre el regazo de Junco adquiriendo el tamaño de un perro faldero y en un pis pas se quedó dormido.

—Entonces, ¿ya sabéis que me llamo Junco? —preguntó sin dejar de acariciar la cresta del dragón.

—Desde luego, y me alegro por vos. Ahora tenéis un nombre y eso es lo que importa.

—Tenéis razón, Gorgonán, pero decidme, ¿por qué caí al agua y perdí a mis amigos?

—Tal vez porque si no os hubiera arrastrado la tormenta Narbolius no hubiera podido salvaros de ella.

—¿Queréis decir que lo que ha de ocurrirme está escrito y que vos sabíais que caería al agua? —insistió el muchacho.

—Quiero decir —explicó Gorgonán con tono ceremonioso— que no hay pérdida sin hallazgo, ni encuentro que no suponga también un cierto menoscabo, pues de lo uno y de lo otro se hace la vida de los hombres. Habéis perdido unos amigos pero otros saldrán pronto a vuestro encuentro.

—Creo que ya he encontrado a uno —dijo Junco mirando con ternura al dragón que dormía plácidamente en su regazo.

—No os quepa duda de ello.

Luego Junco relató a Gorgonán cómo transcurrieron sus días en el barco vikingo del capitán Uklin, junto a Dongo y el resto de los marineros, que ya no le parecían tan despiadados y temibles; y le habló de las muchas cosas que aprendió de ellos en el manejo de las velas, el ancla o el timón del barco. Incluso le contó que el capitán Uklin, lejos de ser un pirata despiadado como él mismo le dijo y su fama proclamaba, resultó ser un ingenuo soñador que sólo ansiaba encontrar enemigos aguerridos con los que combatir, o viejos tesoros escondidos en islas misteriosas, sin que nunca lograra hallar ni lo uno ni lo otro, según el mismo Dongo le explicó.

En ésas estaban cuando a sus oídos llegó el estrépito metálico de una cabalgadura que se aproximaba desde el norte al galope y que no tardó en hacerse presente en la orilla del lago. Era un noble caballero montado en un magnífico y deslumbrante corcel blanco, que portaba un vistoso estandarte con un dragoncillo de oro bordado sobre fondo de terciopelo rojo. Al verlo, el dragón Narbolius se hizo diminuto como un ratón de campo y se escondió veloz entre las ropas de Junco. Gorgonán, sin embargo, lo miró con displicencia y sólo Junco pareció asombrarse de la presencia del jinete.

—¡Me alegra encontrar a alguien por estos parajes solitarios! —dijo el caballero con una voz hueca y enlatada, aunque jocosa. Su rostro quedaba oculto tras un yelmo coronado por un ramillete de plumas encarnadas.

Junco se puso en pie con cuidado de que Narbolius no quedara despachurrado entre su vestimenta, carraspeó y contestó:

—Decidme en qué puedo ayudaros y tendréis en mí a vuestro más humilde servidor.

La armadura del caballero brilló como el sol que se reflejó de súbito en ella.

—En verdad me complacen vuestra amabilidad y vuestro sincero ofrecimiento, joven... —se interrumpió el jinete acorazado.

—Junco, me llamo Junco —dijo presto el muchacho, contento de no tener que dar en tal ocasión explicaciones sobre el extravío de su nombre.

—¡Junco! —repitió el caballero—, hermoso nombre sin duda.

—¿Hacia dónde os dirigís? —se apresuró a preguntar Junco.

El caballero descabalgó de su montura produciendo un sonido de cacerolas desvencijadas.

—Mi designio no está en ningún lugar conocido de los hombres, aunque ahora cabalgo hacia donde el sol habrá pronto de ocultarse. He leído en un añejo manuscrito que allí habitan fieros dragones y es mi deseo capturar uno para nombrarlo guardador de mi castillo.

Los ojos de Junco buscaron con precipitación los de Gorgonán, pero éste había desaparecido de nuevo como desaparece una ilusión. El muchacho no pudo entender por qué Gorgonán desaparecía de su lado cuando más lo necesitaba.

—¿Dragones, decís? —preguntó Junco estupefacto.

—Cierto, tal vez hayáis visto alguno por los alrededores.

Junco sintió los latidos del corazón de Narbolius en su costado. Sin duda parecía entender lo que hablaban y estaba sobrecogido.

—¡Oh, no, jamás vi un dragón verdadero! Aunque he oído contar historias fantásticas sobre ellos —mintió.

—Yo también, por eso los busco desde hace años. Creedme si os digo que estoy cansado de defender mi castillo a golpes de lanza y espada frente a tanto barón codicioso y mezquino —dijo el caballero algo decepcionado.

Y durante un buen rato contó a Junco la antigua historia que había leído en el manuscrito que hallara en su castillo y que, en efecto, hablaba de un lugar perdido allá en el ocaso, donde los dragones habitaban desde hacía miles de años revoloteando bajo cielos dorados.

—Y ahora os ruego que me disculpéis, he de continuar mi camino sin más dilación ni entretenimiento antes de que el sol se oculte y vuelva a perder de vista el lugar en que lo hace —añadió volviendo grupas y

subiendo con agilidad a su magnífico caballo blanco, que pacía tranquilamente a orillas del lago.

Pero antes de que el caballero espoleara su caballo y se lanzara al galope en busca de los dragones que habitaban donde el sol habría de ocultarse, Junco le dijo:

—Aún no me habéis dicho vuestro nombre.

El caballero lo miró por la delgada abertura de su yelmo.

—Oh, disculpad mi descortesía, más propia de mi olvido que de mi intención. Me llamo Grenfo Valdo, señor del Castillo del Dragón.

Y acto seguido picó espuelas y se perdió en el horizonte con el ardor de un torbellino, antes incluso de que Junco pudiera alzar su brazo para despedirlo.

—¡Extraño personaje! —dijo Gorgonán, al tiempo que se hacía visible de nuevo bajo la sombra de un chopo cercano.

Junco sintió al pequeño dragón removerse inquieto entre sus ropas y le ayudó a salir por la boca de una de sus mangas, depositándolo con levedad sobre un montón de piedras amorfas y chatas.

—¿Dónde os habéis metido? Siempre que necesito vuestra ayuda desaparecéis como por encantamiento —murmuró el muchacho sin disimular su enfado.

—Tenía cosas que hacer —dijo Gorgonán sin mucha convicción.

—Pues ha sido una lástima que no oyeráis la historia del caballero que acaba de marcharse; aunque deberíais saber que cabalga hacia donde ha de ocultarse el sol, en busca de un fiero dragón que defienda su castillo de los malvados barones que lo acechan —advirtió Junco de corrido.

Mientras hablaban, Narbolius había crecido hasta alcanzar la altura de las copas de los chopos de la ribera del lago y se entretenía comiendo sus sabrosas y verdes hojas con suma pachorra. Al verlo así nadie diría que en efecto se trataba de un imponente dragón.

—Lástima que ya no queden dragones en aquellas fértiles y lejanas tierras —lamentó Gorgonán.

Junco frunció el entrecejo, descreído.

—¿No quedan dragones? —Repreguntó.

Gorgonán se incorporó y se acercó al muchacho.

—Hubo un tiempo en que los nobles caballeros encontraron divertido acabar con ellos, y a fe mía que lo consiguieron.

—¿Y Narbolius? —preguntó entonces Junco.

El duende miró con ternura al dragón, que seguía deshojando las copas de los chopos con actitud indiferente. Luego, dijo con voz apenada:

—Narbolius es el último dragón del mundo, por eso vive aquí, en este Laberinto de irrealidad. Un día, ya muy lejano, lo encontré malherido y tembloroso entre una maraña de zarzas. Cuando me vio, sus ojos expresaron su terror a los hombres y se hizo pequeño como una ardilla asustada. Curé sus heridas y le prometí que jamás hombre alguno volvería a hacerle daño...

Junco interrumpió la narración de Gorgonán.

—Pero ¿puede acaso un caballero armado con una espada o una lanza vencer a criaturas tan portentosas?

Narbolius los miró como si supiera que hablaban de él.

—Los dragones son ingenuos y bondadosos y poco pueden hacer frente a la astucia y la maldad de algunos hombres. Aquéllos no eligen su destino, éstos sí —dijo Gorgonán.

—¿Qué queréis decir? —preguntó intrigado Junco, pues no acababa de entender lo que su enigmático interlocutor le sugería.

Antes de contestar, Gorgonán adoptó una actitud solemne. Luego dijo con sobriedad:

—Quiero decir que a los dragones, como al resto de los animales que pueblan la Tierra, no les queda otro remedio que ser lo que sus instintos les exigen y ordenan, de tal modo que hay en todos ellos comportamientos iguales en lo esencial; sin embargo, los seres humanos son lo que son por su propia decisión o elección, y tanto pueden elevarse a los fines más nobles como entregarse a los más odiosos desmanes.

Las palabras de Gorgonán prendieron en la mente de Junco una mecha de inquietud.

—Sin embargo, no me ha parecido advertir en el señor Grenfo Valdo la intención de hacer daño alguno a los dragones que busca.

—Oh, no, no era a él a quien me refería. Grenfo Valdo es sin duda un noble caballero, y hubo una época, ahora remota, en la que su familia

adquirió gran renombre por su abnegada defensa de tan inofensivas y extraordinarias criaturas. Por eso lleva en su estandarte el símbolo de un fastuoso dragón bordado en hilos de oro.

—Sobre ello debía de tratar el viejo manuscrito del que el señor Grenfo me habló antes de marcharse —reflexionó Junco en voz alta.

—Pudiera ser —concluyó Gorgonán.

CAPÍTULO 08

Partieron antes de que se ocultara el sol y no mucho después de que Gorgonán preparara una succulenta comida que a Junco le trajo aromas y recuerdos olvidados de su niñez. Poco a poco se adentraron en un tupido y sombrío bosque de abetos y pinos altísimos, acompañados por el incesante canturreo de los pájaros y el rugido bronco de algunas alimañas. Gorgonán caminaba el primero, seguido a corta distancia por Junco, que llevaba sobre su hombro derecho a Narbolius como si de un loro adiestrado se tratara. El pequeño dragón permanecía atento a cuanto se movía alrededor y de vez en cuando saltaba del hombro de Junco y se adelantaba volando sobre la espesa trama de coníferas, para regresar al cabo de unos minutos gozoso de que nada ni nadie entorpeciera su camino.

—Aún no me habéis dicho hacia dónde nos dirigimos —comentó Junco, luego de haber andado un buen trecho sorteando arbustos en silencio.

—Si no lo sabéis vos, mal puedo saberlo yo —contestó Gorgonán sin mirar atrás.

—¡Pero sois vos quien camina delante! —replicó Junco.

—Sin duda, pero son vuestros pasos los que importan en esta caminata. Yo me limito a seguiros.

La confusión de Junco se hizo evidente.

—¿Cómo puede ir detrás lo que se supone que va en primer lugar? —preguntó.

Gorgonán no pudo disimular su sonrisa. Sin duda Junco estaba en lo cierto, pero tampoco él se equivocaba.

—Todo depende del Tiempo —dijo—, y lo que para vos es presente, para mí es pasado. De tal modo que cuando vos creéis dar un paso en pos de mí, yo ya lo he dado antes en pos de vos, y aunque sea yo quien camine primero, es innegable que sois vos quien conduce mis pasos.

«¿*El Tiempo?*», dijo Junco para sí. Él jamás se había formulado esa pregunta y por un instante intentó imaginarlo como algo tangible, pero no pudo. Y tanto se concentró en su propósito que ni siquiera se percató de que ante él cruzaba un anciano con pobladas barbas blancas, vestido con una larga túnica de peregrino, que portaba dos alforjas colgadas del hombro y apoyaba su andar en un largo báculo de rama de boj.

—¿Y qué es el Tiempo? —preguntó Junco en voz alta, confiando en que Gorgonán aclarara sus dudas, pero una vez más se encontró con que Gorgonán había desaparecido inesperadamente de su lado.

Al oír la pregunta, el anciano giró su rostro hacia el muchacho, pues tampoco él, inmerso como estaba en sus propias cábalas, se había dado cuenta de la presencia de Junco.

—El presente ya lo habéis perdido y el futuro acaba de pasar ante vos convirtiéndose en pasado. Eso es el Tiempo, invisible y raudo como el viento, hoy que mañana será ayer, frágil filamento impalpable que nos conduce a la muerte —recitó el anciano como si respondiera a un ente incorpóreo, y continuó meditabundo su camino.

—¡Esperad! —gritó Junco.

El anciano se detuvo, giró sobre sus pasos y miró al joven con expectación.

—¿Qué deseáis? —preguntó.

—Tal vez vos podáis ayudarme —dijo Junco con voz trémula, pues había caído en la cuenta de que debía intentar salir del Laberinto y encontrarse de nuevo a sí mismo, tal como era más allá de ese mundo de irrealidad.

—Si así lo creéis, tened por seguro que lo intentaré —dijo el anciano amablemente. Luego reparó en el dragón que Junco llevaba sobre su hombro y añadió—: ¡Hermosa criatura!

Entonces el dragón saltó del hombro de Junco y se elevó en el aire hasta perderse entre las nubes.

—Volverá —afirmó Junco.

El anciano asintió con un leve gesto de su arrugado semblante.

—Sois muy afortunado al poseer un dragón. Esos fabulosos seres son capaces de entender el lenguaje y transmitir a los mortales los misterios del mundo.

—De eso precisamente deseaba hablaros —destacó el muchacho.

—Dudo que yo pueda ofreceros alguna luz sobre tan espinosos asuntos, pero decidme: ¿qué deseáis saber? —dijo el anciano.

—No sé quién soy. —Soltó el muchacho algo desazonado.

El anciano apoyó su báculo en el tronco de un abeto gigantesco, se atusó sus largas barbas blancas y se acomodó sobre una piedra que al pronto cobró la forma de un trono real de pobre aspecto.

—Yo diría que sois un joven muy avisado —sugirió.

—No, no, no me refería a eso —matizó Junco acompañando sus palabras con rápidos movimientos de sus manos.

—Entonces tal vez debemos comenzar por el principio, es el mejor modo de proceder ante cuestiones de tanta trascendencia. Sentaos ahí si os place —dijo, señalando frente a él otra piedra de menor tamaño con forma de almendra.

Junco se sentó siguiendo las indicaciones del anciano y observó por primera vez la dignidad de su rostro, sus enormes ojos tintados de aguamarina y su benévola sonrisa bajo la templada luz crepuscular.

—¿De modo que no sabéis quién sois, a pesar de saber que sois un joven avisado? —Repreguntó el anciano.

—Así es —confirmó Junco.

El anciano alzó los ojos al cielo rojizo del atardecer, volvió a rascarse la barbilla, meditó un instante y acto seguido expuso su argumento con elocuencia de predicador:

—Después de observaros detenidamente, yo diría que sois un ser excepcional, dotado de una razón prodigiosa, libre para elegir vuestro destino y con una extraordinaria capacidad de amar; y esa conjunción de virtudes es la que os hace diferente del resto de criaturas salvajes que pueblan la Tierra, incluidos los dragones. Pero ya veo que no son ésas las cuestiones que os inquietan, aunque tampoco esté de más que yo os las

diga, pues por la confusa expresión de vuestros ojos intuyo que lo que deseáis saber se trasluce sin dificultad alguna de vuestra apariencia, no siendo necesario que yo os confirme lo que vos mismo ya sabéis.

La mente de Junco galopó como un caballo desbocado para seguir la retahíla del anciano, al punto que, de todo su discurso, sólo pudo entender con certeza el primer párrafo.

En cuanto al segundo, le pareció prudente deducir que le bastaría mirarse a sí mismo para vislumbrar lo que ignoraba. Entonces el anciano se puso en pie, cogió su báculo de rama de boj y golpeó levemente el suelo con la punta. La tierra se replegó ante ellos y una fuente de agua cristalina manó de su interior hasta crear un ámbito destellante como un espejo de plata.

—Mirad vos mismo y decidme qué veis reflejado en el agua —dijo el anciano.

Antes de que Junco atendiera la recomendación del anciano, el aire propagó el revoloteo del dragón Narbolius, que regresaba de sus pesquisas y volvía a posarse en su hombro. Junco lo recibió con una caricia y luego miró indeciso a los adentros de aquella luna fascinante con el mismo vértigo con que se mira a un abismo.

En ella vio con nitidez un hermoso castillo situado en una colina alfombrada de césped, sobre cuyas altísimas torres ondeaban un sinfín de banderas y estandartes con una triple W amarilla estampada sobre fondo azul marino. Y vio a un joven ataviado con capa escarlata y una deslumbrante armadura, que, acompañado de un pequeño dragón, cruzaba el puente levadizo y traspasaba con honores de príncipe las enormes puertas claveteadas del castillo, entre el clamor y la alegría de la multitud que lo vitoreaba. Y de súbito se vio a sí mismo abrazando a su padre, el gran rey Winder Wilmot Winfred, que no podía disimular la emoción por su regreso.

—¿Ése soy yo? —preguntó Junco al anciano como si despertara de un sueño, después de apartar sus ojos del ámbito destellante del agua.

—¿Son ésos vuestros recuerdos?

—Creo que sí.

—Entonces ya sabéis quién sois —dijo el anciano—. Pero no aprecio en vuestros ojos la alegría que esperaba.

—Oh sí, claro que estoy contento de haber encontrado mi pasado, pero no puedo evitar sentirme triste por estar lejos de todo lo que me es conocido.

El anciano forzó una pausa, y luego continuó:

—Quizá debáis enfrentaros también a lo ignorado. Ésos son los misterios del mundo que cada hombre debe descubrir. Y ahora debéis excusarme, he de continuar mi camino.

Y dicho esto, el anciano se incorporó y el trono de pobre aspecto en el que estaba sentado recuperó su originaria forma de piedra. Cogió su báculo de rama de boj y las alforjas y se echó a andar.

Junco aún corrió tras él, pero apenas anduvo algunos pasos la frágil figura del anciano se deshizo en el aire como un suspiro. Entonces miró desolado alrededor, pero nada encontró que no fuera la oscuridad de la noche cerrada sobre él. Temeroso del silencio que lo envolvía, tomó al dragón entre sus manos, y el miedo, que pugnaba por adueñarse de su ánimo, huyó de su lado profiriendo aullidos que se ahogaron en las tinieblas.

Narbolius se agitó y saltó al aire, voló en espiral durante escasos segundos y fue creciendo en el vacío hasta adquirir el tamaño de un caballo alado. Luego se posó al lado de Junco, lo miró con sus bondadosos ojos de azafrán y dobló sus patas invitándole a subir sobre su grupa. Junco no lo dudó. De un salto subió a lomos del dragón, que al instante desplegó sus alas y se elevó veloz hacia un cielo pigmentado con minúsculas estrellas.

CAPÍTULO 09

A pesar de la altitud y de la oscuridad, Junco pudo ver los paisajes en penumbra que se deslizaban bajo sus pies. Durante su largo viaje sobrevolaron inmensas llanuras, tierras yermas y solitarias sembradas de escarcha, cordilleras arropadas con fríos mantos de nieve, tenebrosos bosques y profundos valles encantados, hasta que al fin Narbolius divisó un cúmulo de nubes esponjosas y se posó sobre ellas. Más arriba, la luna los observaba con curiosidad y agrado.

Al pronto, Junco oyó una voz dulce como nunca había oído ninguna otra y pensó que la Luna le hablaba.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Junco, mirando admirado en torno suyo.

—¿Acaso puede la Nada del Universo ser alguien? —replicó la voz, impregnada de un candor prodigioso.

Junco acarició con delicadeza la cresta de Narbolius para evitar que se inquietara.

—No lo sé —admitió humildemente.

—Mira a tu alrededor —recomendó la voz de la Nada del Universo.

La mirada de Junco, viva como una llama, deambuló de un lado a otro, paseándose por la luminosa Luna y deteniéndose al final en las estrellas que le guiñaban en la lejanía.

—Veo la Luna y las estrellas —afirmó Junco con firmeza.

—¿Y más allá? —insistió la voz apaciblemente.

Después de fijar sus ojos en la negrura del infinito, Junco dijo:

—No consigo ver nada.

—Entonces me ves a mí —concluyó la Nada del Universo.

Junco se sintió confundido y recordó que en la cabaña del lago de Fergonol, cuando no sabía cuál era su nombre, Gorgonán le había dicho que todos los seres y todas las cosas del Universo tienen un nombre, que lo que no tiene nombre no existe, y que incluso lo que no existe tiene su propio nombre. Y recordó también que después de que Candelán y Sandelón Rústela Vartatraz entraran en la cabaña entonando el estribillo de una confusa canción que decía: «Vacío en las tinieblas, ausencia de alma, frágil como un cero, menos que polvo, nadie quiere ser nadie, mejor uno que ninguno...», él había respondido al acertijo afirmando que el nombre de lo que no existe era «la nada». Y ahora, en ese preciso instante, la Nada del Universo no sólo le hablaba sino que se hacía visible a sus ojos en la negra infinitud del cielo. Se sintió naufragando en un océano de confusión.

—La nada no existe —se atrevió a asegurar Junco.

—Entonces, ¿cómo puedes oírme? ¿Cómo puedes verme? —inquirió la voz con gentileza.

—Yo no veo nada —insistió Junco.

—Vuelves a contradecirte, pero no debes sentir pudor por ello, pues no puede descifrarse lo infinito desde el exiguo conocimiento de lo finito, como tampoco puede una ardilla entender la naturaleza del árbol en cuyo tronco cobija su nido —sentenció la Nada del Universo, y su voz sonó en los oídos de Junco con la suavidad de un arrullo.

—¿Qué queréis decir?, no os comprendo.

Un silencio recóndito inundó la cúpula del firmamento. Junco seguía montado sobre Narbolius, mientras éste, arrebuñado entre las nubes, dormía plácidamente. Junco creyó que la Nada del Universo se había olvidado de él. Se sentía tan insignificante allá arriba... Pero la voz de la Nada *del* Universo volvió a resonar en la oscuridad:

—El Sol, los planetas, los astros, las estrellas, y también tú, Junco, diminuto como una partícula de polvo extraviada en medio de la inmensidad, no sois sino consecuencia de la Nada. Y aunque no puedas comprender lo que no puede explicarse, todo forma parte *del* Todo y nada pertenece a la Nada.

Entonces, un placentero sopor, que, sin embargo, no era sueño, se apoderó del ánimo de Junco. Se bajó de lomos de Narbolius sin que éste alterara su tamaño y caminó algunos pasos sobre las nubes como si lo hiciera sobre alfombras de algodón esponjado. Luego alzó sus ojos al vacío que lo envolvía y preguntó:

—¿Eres Dios?

—¿Qué importa eso? Yo sólo soy lo que ves: un misterio más allá de la capacidad de comprensión de los hombres —dijo la Nada del Universo.

Tras estas palabras, un destello indescriptible, más intenso que el más poderoso de los rayos, iluminó el cielo. Narbolius se sobresaltó y corrió al lado de Junco. Entretanto, las nubes desprendieron a su alrededor un sinfín de luminiscencias mágicas que al poco se extinguieron.

En vano esperó Junco que la invisible y misteriosa Nada del Universo volviera a hablarle. La llamó a gritos una y otra vez pero sólo un eco oculto le contestaba, devolviéndole intactas sus palabras. Poco a poco lo derrotó el cansancio, hasta que al fin cayó en brazos de una somnolencia sosegada. Narbolius adquirió el tamaño de un perro ovejero, se acurrucó a su lado y ambos se adentraron al instante en el más plácido de los sueños.

CAPÍTULO 10

El sol asomó su ardiente rostro entre las nubes, dedicándole a Junco una espléndida sonrisa. Narbolius hacía rato que deambulaba de un lado a otro buscando algo que llevarse a la boca. Ahora tenía de nuevo el tamaño de un caballo alado y cuando vio a Junco despierto no tardó en acercarse a él.

—Tienes hambre, ¿eh? —dijo Junco acariciándole la cabeza.

Narbolius no contestó, pero sus ojos de azafrán hablaron por él. La bóveda del cielo era ahora de un azul intenso y Junco pensó que la Nada del Universo debía de seguir allí, en algún lugar insospechado, tal vez cercano, tal vez perdido en los confines del cosmos. Y aunque no estaba seguro de que todo lo que le ocurría no fuera más que una ilusión, miró a su alrededor como si algo de sí mismo quedara enredado para siempre entre aquel cúmulo de nubes esponjadas. Luego subió a lomos de Narbolius y le susurró al oído:

—Vámonos.

El dragón batió sus alas al aire y alzó el vuelo con la agilidad de un pájaro majestuoso. Al principio voló a ras de las nubes, jugando con ellas, dejándolas que acariciaran sus patas, zambulléndose en su espesa niebla y saliendo de ella como un delfín entra y sale del agua, hasta que de pronto se precipitó en picado al vacío y el mundo asomó allá abajo como un hermoso tapiz multicolor. Desde lo alto, Junco contempló una inmensa ciudad sin murallas, muy distinta a los castillos de piedra que él conocía. Le pareció una ciudad encantada, repleta de pirámides, palacios y templos revestidos del color del oro.

Narbolius aterrizó en un bosquecillo de hayas próximo, dejó a Junco sobre el suelo de tierra rojiza y de inmediato se dispuso a comer en los arbustos que se desperdigaban en las inmediaciones. También Junco sintió el hambre pinchándole en el estómago. Pensaba qué cosa podría comer en aquel paraje despoblado cuando por un estrecho sendero bordeado con flores de grandes hojas aterciopeladas apareció Gorgonán silbando una deliciosa melodía. Junco rió de contento y Narbolius corrió a recibir al recién llegado dando saltos como un potro alocado.

—Vuestras desapariciones son imprevistas, desde luego, pero no podríais ser más oportuno al haceros visible de nuevo. ¿Lleváis algo que pueda comerse? —soltó Junco a punto de sufrir un desmayo.

Gorgonán acarició el cuello de Narbolius evitando los continuos lengüetazos que el dragón le prodigaba como muestras de su afecto. Después se sentó sobre un mullido montículo de musgo y abrió una pequeña bolsa de cuero que colgaba de su hombro.

—¿Os gustan las setas? —preguntó.

—No son manjar de mi gusto, pero tampoco las despreciaré en ocasión tan precisa —dijo Junco sentándose a su lado.

Y ambos disfrutaron de un exquisito almuerzo mientras Junco le contaba a Gorgonán la maravillosa experiencia de volar y su confuso encuentro con la Nada del Universo, allá arriba, muy cerca de las estrellas.

Cuando hubo terminado su almuerzo, Junco preguntó:

—¿Conocéis la ciudad que he visto desde el cielo?

—Oh, sí, desde luego. Y os recomiendo que la visitéis sin demora, probablemente os asombre lo que encontréis en ella.

—¿Vendréis vos conmigo?

—Oh, sí, desde luego —repitió Gorgonán.

—¿Podrá acompañarnos Narbolius? —continuó preguntando Junco, temeroso de que la respuesta de Gorgonán fuera esta vez negativa.

—No os preocupéis por Narbolius, nada puede ocurrirle en este Laberinto de irrealidad. Además, debéis saber que puede defenderse muy bien por sí solo.

—Pero ¿vendrá con nosotros? —insistió Junco.

—Si vos lo deseáis, vendrá —aceptó Gorgonán.

Narbolius alzó la cabeza y sus ojos de azafrán bailotearon de contento.

Al poco tiempo se pusieron en marcha y se adentraron en el angosto sendero bordeado de grandes flores aterciopeladas por el que había aparecido Gorgonán unas horas antes. El atajo se empinaba y zigzagueaba a lo largo de una colina achatada, para descender luego hasta un pequeño valle salpicado de pequeñas lagunas y abundantes pastos que hicieron las delicias de Narbolius: chapoteaba aquí y allá, mordisqueaba la fresca hierba y retozaba en ella con alborozo.

Y detrás de las lagunas y los prados, detrás de los espejos de agua y de las alfombras de verde esmeralda, se alzaba una ciudad sublime cruzada de norte a sur por una grandiosa avenida repleta de construcciones palaciegas, pirámides, torres, templos y catedrales que representaban el centro cósmico del mundo. Los barrios colindantes constituían verdaderos conjuntos artísticos, pintados de vivos colores y adornados con murales de extraordinaria riqueza y encanto. No había murallas, ni defensas, ni puertas que cerraran el paso a los viajeros.

Una adorable melodía de vientos los recibió al llegar a los pies de la larga avenida, presidida a cada lado por dos gigantescas esculturas de piedra caliza que representaban a un hombre y a una mujer situados de pie y cuyos ojos miraban al infinito. Ambas parecían poseídas por una insólita hermosura, y ambas tenían, también, las manos cruzadas sobre el pecho en actitud reflexiva y equilibrada.

Al contemplar las esculturas desde la base del pedestal, Junco, boquiabierto ante su divinidad, preguntó:

—¿Qué significan?

Gorgonán observó la inmovilidad de la piedra y su rostro reflejó la fascinación que las estatuas suscitaban en su alma.

—Representan la belleza —musitó.

La breve respuesta de Gorgonán convenció a Junco. Ésa era, sin duda, la mejor definición de cuanto veía a su alrededor, pues esa palabra expresaba como ninguna otra el conjunto de sentimientos de deleite y admiración que palpitaban en su pecho y lo inflamaban hasta estallar en un éxtasis indescriptible.

—¡Son fantásticas! —exclamó después de salir de su perplejidad.

—Toda obra de arte lo es —apostilló Gorgonán.

—¿Esta ciudad la han creado los hombres? —quiso saber Junco.

Gorgonán se aclaró la voz.

—¿Quién si no? En la creación es en lo único en que los seres humanos se asemejan a los dioses, si es que éstos existen. Ninguna de las muchas maravillas que tenéis ante vuestros ojos podría explicarse si un artista no la hubiera imaginado y creado con sus manos. Y cada una de sus obras es única y distinta a todas las demás porque es su propio espíritu quien las vislumbra y las conforma. Sin embargo —continuó—, así como los dioses pueden crear la materia de la nada, los hombres sólo pueden transformar la materia para convertirla en belleza. Esa aproximación a la divinidad es la que da sentido a muchas vidas.

A medida que avanzaban por la amplia avenida, el bullicio de la ciudad crecía. Por todas partes se veían gentes ataviadas con exóticos y elegantes vestidos que conversaban en grupos animadamente, o contemplaban absortos las frenéticas piruetas de un saltimbanqui o los más delicados gestos de un mimo; otros prestaban atención al discurso sosegado de un narrador o escuchaban embobados las odas de un poeta que gesticulaba ante ellos con gran elevación y arrebató. En las plazas los trovadores tañían sus laúdes y soplaban sus flautas entonando antiguas canciones de amor, y los bufones danzaban junto a las fuentes haciendo sonreír a los niños. En los anchos pórticos se prodigaban los pintores con sus caballetes, lienzos, pinceles y paletas de colores; los escultores cincelaban el mármol con rítmicos golpes de martillo y los ceramistas modelaban el barro en sus tornos creando incontables objetos de primorosas formas.

Junco miraba de un lado a otro alucinado. Narbolius caminaba pegado a su pierna izquierda, pues ahora tenía el tamaño de un zorro y se desenvolvía con suma naturalidad entre la multitud. Gorgonán, sin embargo, había vuelto a desaparecer como en él era costumbre. Pero cuando Junco reparó en ello ya era demasiado tarde, y a pesar de que lo buscó desasosegado por todos los rincones, tampoco se sintió particularmente conmovido al no encontrarlo; de algún modo, ya se había habituado a que Gorgonán lo abandonara a su suerte cada vez que llegaban a algún lugar desconocido.

—¿Hay algo que habéis perdido y no encontráis? —le preguntó un bufón que le salió al paso haciendo tintinear los cascabeles que le colgaban del gorro.

—Sí..., digo, no —rectificó Junco mientras Narbolius olisqueaba las pintorescas ropas del recién llegado.

—Sí..., no..., sí..., no... Así se deshojan las margaritas —masculló el bufón sin dejar de sonreír y de saltar.

—¿Vivís en esta ciudad? —inquirió Junco para evitar que el bufón llevara la iniciativa de su diálogo y volviera a interrogarlo.

—No hay otro lugar donde pudiera hacerlo con mayor agrado. Ésta es la Ciudad de la Belleza, y en ella todo es hermoso. Los forasteros como vos se asombran al contemplarla. Yo mismo os la mostraré si os complace —dijo el bufón al tiempo que avanzaba por la avenida realizando arriesgadas cabriolas sobre el pavimento.

—¿Cómo sabéis que soy extranjero? —preguntó Junco, intentando imitar con escasa destreza los estrambóticos saltos y movimientos de su nuevo acompañante.

El bufón se detuvo en seco manteniendo un equilibrio perfecto sobre una sola pierna e inclinando el cuerpo lateralmente hasta tocar el suelo con la punta de sus dedos. Se había curvado como un arco y veía a Junco del revés.

—Sólo un extranjero puede ir acompañado de un dragón como ése —contestó señalando a Narbolius, y acto seguido recuperó su posición vertical.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Junco receloso, pues por un instante le cruzó por la mente la terrible idea de que pudieran tenderle alguna trampa para adueñarse de su dragón.

—Os llevaré al Museo; allí podréis encontrar lo que buscáis o elegir las obras de arte que más os agraden. Todos los viajeros visitan el Museo cuando llegan a esta ciudad. Tal vez vuestro amigo esté allí —dijo el desconocido con tono tranquilizador.

—Yo no poseo ninguna moneda de oro —replicó Junco ruborizado, pues no imaginaba de qué modo podría comprar algo de lo que en el Museo pudieran ofrecerle.

El bufón rió con descaro y dio una voltereta lateral.

—¿Oro? ¿Pensáis que la creación puede comprarse con oro? ¿Creéis que hay en la Tierra oro bastante para pagar la inspiración de los grandes genios del arte? —dijo frunciendo sus pobladas cejas y haciendo aspavientos con sus brazos—. Ese precioso metal sólo sirve en esta ciudad para crear adornos, coronas, diademas, pendientes, penachos, aros, collares, sellos, gargantillas, colgantes, broches, anillos, brazaletes, pulseras...

—Está bien, está bien —lo interrumpió Junco, incapaz de seguir el rosario de objetos decorativos que podían crearse con el precioso metal—. Pero en el lugar del que yo vengo —añadió— los hombres se traicionan unos a otros por conseguir oro.

El pequeño cuerpo del bufón se contorsionó hacia atrás hasta que su cabeza rozó el suelo y de nuevo vio el mundo del revés.

—Algo de eso cuentan algunos juglares, aunque yo no pueda entenderlo —dijo desde esa incómoda posición.

Así llegaron hasta una plaza circular flanqueada por lujosos palacios, en cuyo centro se alzaba un monolito de base cuadrada coronado por una pirámide recubierta con un metal dorado y brillante, en el que los rayos del sol del atardecer estallaban en infinitas chispas de luz que se desparramaban alrededor como una espectacular lluvia de estrellas fugaces. La animación en la plaza era indescriptible, pues la gente fluía sin cesar de un edificio a otro cargada de primorosos objetos que adquirirían en ellos con sólo pedirlos. Pero también había obras que no podían pertenecer a hombre alguno, y que se conservaban allí para asombro y admiración de todos los forasteros. Junco y Narbolius, acompañados siempre por el simpático e inquieto bufón, entraron en el umbral de un palacio de belleza inconmensurable, a cuya fachada de muros macizos se adosaba una sucesión de ciclópeas esculturas que representaban todas las artes. En el interior se extendía una gran sala de mármol pulido repleta de columnas, y entre ellas se distribuían en colecciones inagotables las estatuas, las pinturas, las cerámicas y un sinfín de adornos de bronce, plata y oro, iluminados por la luz que se filtraba desde unas vidrieras altísimas.

—¿Qué os parece? —preguntó el bufón con orgullo, a la vez que deslizaba sus brazos en derredor como si quisiera abarcar con ellos la

inmensidad de la sala.

—Jamás pude imaginar que existiera cosa igual. Los personajes de esos fabulosos cuadros parecen gozar de una vida propia, a pesar de su aparente quietud —dijo Junco mientras admiraba un óleo colosal que representaba la creación del Universo.

—Tienen su propia vida, sin duda —confirmó el bufón—. Observad las expresiones de sus caras, la gracia de sus movimientos, la cálida textura de los ropajes o el modo en que el paisaje se diluye en la distancia.

Narbolius parecía tan asombrado como Junco y sus grandes ojos de azafrán seguían con inusitado entusiasmo las sabias explicaciones del bufón.

De súbito, algo atrajo la atención de Junco.

—¿Y ese rostro? —inquirió, posando sus pupilas en el retrato de una muchacha que lo miraba con una enigmática sonrisa en los labios.

—Es de una joven desconocida, aunque muy bella como podéis ver. Lo trajo un pintor de un país remoto que llegó aquí huyendo de la realidad. Observad cómo su hermosa faz se difumina mágicamente en un portentoso juego de luces y sombras —explicó el bufón.

Junco se quedó pensativo y al cabo preguntó:

—¿Por qué ese pintor huía de la realidad, si la realidad que pintó era tan hermosa?

—Todos los artistas huyen de la realidad porque la realidad es opresiva y cruel. Por eso en sus obras crean sus propios mundos, mundos irreales, fantásticos, que sólo existen en su imaginación y que cobran mil vidas diferentes al ser contempladas por otros. Cada obra de arte encierra en sí misma tantas maravillas y misterios como ojos se adentran en ella. Eso es lo que las hace inmortales o eternas.

La enigmática sonrisa de aquella joven quedó prendida en el alma de Junco para siempre, y aunque a cada paso de su recorrido por la gran sala se detenía para contemplar la escena de un campo de trigo con cipreses, figuras de animales pintadas en colores de tierra sobre lascas de piedra, personajes delicados y llenos de gracia sobre fondos etéreos, formas humanas sensualmente sugestivas y de proporciones perfectas, no dejó de pensar en ella ni un solo segundo de los muchos que siguieron.

Otros cuadros atraían su atención por su rareza y abstracción, aunque todos poseían una sorprendente armonía que hacía grata su particular concepción estética.

—¿Y esas extrañas pinturas? —preguntó Junco con curiosidad, pues no sabía a ciencia cierta cuál podía ser su significado.

—Oh, éstas son obras del futuro, simples manchas de color entre geometrías, que, sin embargo, gozarán un día de gran aprecio por ser misteriosas, melancólicas o evocadoras de ensoñaciones poéticas.

Luego, deambularon por los gabinetes en los que se encontraban las colecciones de pequeños objetos y curiosidades talladas en todo tipo de materiales, desde el marfil o la madera hasta los metales o el cristal. De súbito, un destello proveniente de unas de las vitrinas cercanas deslumbró a Junco, y cuando éste se aproximó al lugar en el que nacía la extraña luz, el destello se hizo aún más intenso y cerúleo.

—Parece que algo os llama —advirtió el bufón.

Junco vio entonces, depositado entre una preciada colección de objetos artesanales, un original medallón de oro que destellaba como un astro. Y tanta era la fuerza de su atracción que no pudo resistirse a su hechizo y lo tomó en sus manos.

Apenas tocó el metal, los ojos de todos los presentes se volvieron hacia él para observar el prodigio: su espigado cuerpo creció más de un palmo y sus apagados ojos adquirieron el brillo de las estrellas; sus músculos se agrandaron y su rostro adquirió facciones más severas y hermosas; las calzas ajustadas y el jubón que vestía sobre la camisa se cubrieron con una cota de malla que se prolongaba hasta las botas de cuero, y sobre la cota apareció un blusón de seda amarilla con un dragón bordado en rojo a la altura del pecho; su pelo, ahora más largo, se cubrió con un yelmo de plata, y de sus hombros pendía una fina capa de terciopelo del color del vino, larga hasta los talones.

Entre los vítores y aplausos de quienes lo rodeaban, Junco miró el medallón que resplandecía en sus manos. Se quedó pasmado al ver el relieve del dragón que había sido tallado en su superficie con un realismo fantástico, pues hubiera jurado por la oxidada espada de Dalmor el

Desventurado que ese dragón era tan igual a Narbolius como lo son dos gotas de agua.

—¿Qué me ha ocurrido? —preguntó Junco, algo aturdido aún y con voz más grave de la que hasta en ese instante mágico tenía.

—Habéis descubierto misterios que hacen sabios y juiciosos a los hombres. Pero esperad un momento, todavía no habéis terminado vuestra transformación —dijo el bufón, y acto seguido se perdió entre las esculturas cercanas como si lo hiciera en un bosque de hermosas figuras humanas talladas en alabastro.

Al poco apareció de nuevo, portando en sus manos una brillante espada y un sólido escudo de fondo amarillo con un dragón pintado en rojo. Se acercó a Junco, le entregó el escudo con el ritual de rigor y dijo con solemnidad:

—Con esta noble espada yo os armo caballero, pero sabed que así como el arte engrandece al hombre acercándolo a la divinidad, la guerra lo rebaja a lo salvaje y lo aproxima a los infiernos. Las armas que os entrego lo son como símbolo de paz; conservadlas, pues, debidamente y jamás las empleéis a menos que os vaya la vida en ello.

Y al decir esto, comenzó a dar saltos y cabriolas de puro contento. Luego, su frágil figura se desvaneció en el aire como se desvanece un sueño.

CAPÍTULO 11

Junco deambuló aún algunas horas por la Ciudad de la Belleza admirando un sinfín de maravillas creadas por el hombre. Narbolius caminaba a su lado orgulloso, con la arrogancia de quien se sabe acompañado por un personaje intrépido y noble.

Cuando llegaron al final de la larga avenida, los despidió la misma melodía de vientos que les había saludado a su llegada. Un inmenso bosque de pinos con copas redondas y altas se extendía ante ellos. Narbolius volvió a recuperar el tamaño de un caballo y, reclinándose sobre sus patas, invitó a Junco a subirse a su grupa. Ante sus ojos no había ningún camino que seguir, ningún atajo o sendero, ninguna señal que condujera a alguna parte. Sólo la desvaída luz del ocaso los envolvía, y en vano esperó Junco que apareciera Gorgonán para indicarle la ruta que debían seguir.

La noche acabó cerrándose sobre ellos en mitad de la espesura, mientras Narbolius caminaba con paso calmo en dirección a la luna llena que, juguetona y risueña, asomaba y desaparecía entre las copas de los pinos. Más allá el terreno se ondulaba en pequeñas colinas y luego se abría en un claro circular como una calva, en cuyo centro humeaba la chimenea de un pequeño torreón de piedra. El lugar era particularmente hermoso, pues desde el centro del torreón, que tenía una curiosa forma octogonal, se abrían ocho caminos alineados por setos que conformaban el dibujo de la rueda de un carro, delimitando cuidados jardines con abundancia de flores. Cada camino era un radio de la rueda y todos confluían en el eje central sobre el que se elevaba el torreón, con la particularidad de que éste tenía tantas

puertas como caminos llegaban a su base. Afuera del camino circular exterior, todo era bosque.

Junco se preguntó qué misterio lo aguardaría en aquella nueva encrucijada de travesías insólitas. Observó los ojos de Narbolius pero no apreció en ellos inquietud alguna. Por ello dejó que el dragón caminara por el círculo exterior, dejando a su izquierda los caminos que conducían hasta el torreón. Cuando ambos completaron el recorrido del círculo exterior, no había distinguido diferencia alguna entre los ocho caminos; tampoco en los cuidados y vistosos jardines que los flanqueaban, cuyo encanto apreció Junco a pesar de la oscuridad que los rodeaba. Diría, incluso, que todos tenían las mismas flores y plantas, iguales en distribución, forma, tamaño y número, como si cada uno no fuera sino una copia exacta del siguiente. De tal manera que Junco aún dejó que Narbolius iniciara una vuelta más al camino del círculo exterior. Pero al llegar a la tercera de las encrucijadas que desembocaban en el torreón, sintió un palpito extraño en su pecho y ordenó a Narbolius que se adentrara con lentitud en ella. Cuando llegaron a la puerta elegida de la torre octogonal, descabalgó y el dragón volvió a adquirir el tamaño de un perro ovejero; se pegó a la pierna derecha de Junco y aguardó a que éste abriera la puerta. Sin embargo, una inscripción tallada sobre una losa de piedra situada al pie de la entrada al torreón llamó la atención de Junco. Era una inscripción breve, que rezaba así:

*Ocho caminos conducen al mismo lugar, y en él ocho puertas
puedes abrir.*

*Éstas, siendo el lugar el mismo, unas te alegrarán y otras te
harán sufrir.*

Junco dudó antes de aferrar el pomo de la puerta que había elegido por impulsos de su corazón. No sabía qué podría encontrar detrás de ella, aunque estaba claro, a juzgar por el texto que acababa de leer, que lo que quiera que encontrase en el interior del torreón podía procurarle alegría o sufrimiento, según cuál hubiera sido su elección. Así es que no lo dudó más, se quitó el yelmo y abrió.

La puerta emitió un chirrido lastimero y oxidado, como si hubiera permanecido cerrada durante siglos y siglos. El interior del torreón, débilmente iluminado por unas antorchas colgadas del techo, estaba limpio y ordenado. Las paredes aparecían recubiertas de estanterías colmadas de libros antiguos y al fondo crepitaba alegre el fuego de una chimenea. Situado frente a ella, un sillón tallado en madera daba la espalda a la entrada del torreón, de modo que Junco supuso que de allí provenía la voz que oyó nada más abrir la puerta:

—¡Pasad, no os quedéis ahí clavado como un pasmarote! —dijo la voz—. ¡Ah! Y cerrad la puerta, mis huesos ya no están para soportar corrientes de aire —añadió en tono gruñón.

A Junco le reconfortó saber que había alguien en aquel lugar.

—¿Podéis decirme dónde estoy? —preguntó, sin poder ver aún a su interlocutor.

—Estáis en el torreón de la Rueda de la Existencia, y por fortuna para vos habéis elegido la Puerta de la Sabiduría. Pero pasad, pasad y sentaos aquí, a mi lado; el calor del fuego os hará bien. Y no os preocupéis por Narbolius, se dormirá pronto en cualquier rincón —dijo la voz.

—¿Cómo sabéis que me acompaña Narbolius, si ni siquiera lo habéis visto aún? —quiso saber Junco antes de aceptar la invitación de sentarse junto al fuego, aunque bien es cierto que pocas sorpresas conseguirían asombrarlo ya, después de cuanto había visto y oído en su largo viaje por el Laberinto. Incluso pensó que la voz que le hablaba era la de Gorgonán, y por ello prestó especial atención a la respuesta que salía de detrás del sillón tallado en madera, confiando en poder descubrir algún detalle, en la modulación de aquella voz, que le permitiera confirmar sus sospechas.

—En este lugar no hay secretos para mí —contestó simplemente la voz.

Junco no pudo resistir la curiosidad y preguntó tímidamente:

—¿Sois Gorgonán?

—¿Gorgonán? ¿Me confundís con ese viejo cascarrabias del lago de Fergonol? —refunfuñó el hombre sentado en el sillón.

—Lo conocéis, pues —dijo Junco.

El anciano anticipó su respuesta con la expresión de sus ojos.

—Oh, sí, ¿quién no conoce al viejo Gorgonán? Pero hace tiempo que no lo veo. No sé qué habrá sido de él.

Cuando Junco se acercó al fuego comprobó que, en efecto, no era Gorgonán quien se sentaba en el sillón tallado en madera situado junto a la chimenea, pero el rostro de aquel anciano le era conocido, de eso tampoco le cabía duda alguna.

—Yo os conozco —afirmó Junco.

—Ya os dije en cierta ocasión que erais un joven muy avisado —confirmó el anciano.

Entonces recordó Junco la dignidad de su rostro, sus enormes ojos tintados de aguamarina y su benévola sonrisa bajo la templada luz crepuscular del día en que se había cruzado en su camino, justo cuando desapareciera Gorgonán de su lado. Y recordó cuanto el anciano le dijo acerca del tiempo pasado, presente y futuro, así como las imágenes que le mostrara sobre sí mismo y su regreso al castillo de su padre, el gran rey Winder Wilmot Winfred.

—¿Sabíais que nos volveríamos a encontrar aquí? —inquirió Junco, al tiempo que se sentaba en una banqueta junto al fuego. Sus movimientos eran elegantes y decididos, como si desde que el bufón lo hubo investido caballero armado se sintiera más seguro de sí.

—Tal vez sí y tal vez no —dijo el anciano—. Todo dependía de que antes os encontrarais a vos mismo. Pero ahora veo que sí, que habéis cambiado vuestro aspecto, vuestra vestimenta y vuestra mentalidad. Incluso me atrevería a decir que habéis madurado —explicó.

—Un bufón que conocí en la Ciudad de la Belleza me dijo que había desvelado misterios que hacen sabios y juiciosos a los hombres —dijo Junco.

El anciano se atusó sus largas barbas y señaló en torno a él.

—Todos los libros que veis a vuestro alrededor encierran el saber del hombre, sus certezas y sus dudas. Ahora que habéis crecido os será más fácil comprender cosas que se ocultan a la inocente mirada de un niño.

—¿Qué queréis decir?, no os entiendo —preguntó Junco.

—Hay momentos en que la vida parece desafiarnos a entenderla, y vos sentís ahora la misma punzante curiosidad que todo jovenzuelo turbado,

confuso o inquieto por todo cuanto le rodea. No cesáis en vuestro empeño por formularos preguntas que, a veces, no tienen respuesta. Pero otras muchas son explicables, y en estos libros podéis hallar mil soluciones a tan razonables dudas. Por eso vuestro corazón se agitó al pasar ante la Puerta de la Sabiduría, pues ésa era la puerta que, sin clara conciencia de ello, buscabais. Si hubiera sido de un modo distinto, si vuestros deseos hubieran sido otros, habríais optado por cualquier puerta del torreón de la Rueda de la Existencia menos por ésta, y probablemente yo no conversaría con vos en este preciso instante.

Narbolius dormía como un cachorro en un rincón de la estancia, rodeado por montones de manuscritos que se apilaban desordenados en cualquier parte. También Junco sintió que los párpados se le descolgaban de los ojos, pero aún pudo controlar su adormecimiento y preguntó con inusitado interés.

—¿Y qué habría ocurrido si hubiera elegido cualquier otra puerta?

Las facciones del anciano se endulzaron antes de responder:

—Ya leísteis la inscripción tallada en la piedra: «Unas te alegrarán y otras te harán sufrir». El placer y el dolor están tan unidos a la vida como lo están las dos caras de una misma moneda, y no siempre es posible elegir entre lo uno y lo otro. Pero bien es verdad que ambas nos enseñan a vivir, dibujando o emborronando nuestra existencia.

—¿Sois un filósofo, un sabio quizá? —preguntó Junco acentuando con la mirada su interés por conocer la respuesta del anciano.

—Hubo un tiempo en que yo también fui un joven inquieto, a pesar de haber crecido arropado por la riqueza y el lujo, pues mi padre, como el vuestro, fue soberano de un pequeño reino situado en los confines del mundo. Pero un buen día me pregunté el porqué de la vida y no supe qué responderme. Tampoco nadie en el reino supo dar respuesta a mis dudas. Así que decidí abandonarlo todo y partir en busca del sentido de la vida. Después de muchos años de vagar por los más insólitos lugares, llegué a este claro del bosque e impulsado por mi fantasía pensé en crear esta torre y los caminos y jardines que la envuelven. Desde entonces he recopilado y leído todos los libros que veis en derredor y a través de ellos he conocido a las mentes más preclaras del planeta.

—¿Y encontrasteis al fin el sentido de la vida? —preguntó Junco.

—El de la mía sí, desde luego —contestó el anciano con una sonrisa.

—¿Podéis decirme cuál es?

—Seguir buscándolo —respondió simplemente.

Junco pensó durante un instante, confundido por las palabras del anciano.

—¡Pero eso es absurdo! —afirmó Junco con una exagerada mueca de estupefacción en sus labios.

—Oh, no. Ése es el verdadero sentido de la vida para un filósofo. Vos me preguntasteis si yo lo era y creo haber contestado a vuestra pregunta. El sentido de vuestra vida sólo vos podréis encontrarlo.

Durante días, Junco no se ocupó en otro menester que no fuera la lectura de los libros que el anciano le recomendaba. En ellos aprendió cosas que jamás habría soñado conocer y poco a poco se fue forjando en su espíritu una inusitada afición por el pensamiento filosófico, que pugnaba con su condición de caballero armado. Siempre pensó que al crecer acabaría entrenándose para combatir en los torneos y en las guerras, mostrando a todos su valor y destreza en el uso de la lanza y la espada, como hacían otros jóvenes de su edad. Ahora podía recordar con todo detalle el bullicio y la creciente tensión de las justas que se celebraban para festejar la llegada de la primavera en el castillo de su padre, los vistosos escudos de armas de los caballeros contendientes colgados de los árboles, los estandartes ondeando al viento, las pulidas armaduras del color de la plata, las tiendas y los pabellones alrededor de la arena, repletos de nobles y damas venidas de los castillos más lejanos de la comarca para aclamar al vencedor. Por ello, también sentía intensos deseos de partir al reencuentro con los suyos; deseos que un día de lluvia pertinaz y fría ya no pudo contener.

—Ese mundo vuestro al que os dirigís es dulce y apacible como el canto de una hermosa doncella, pero es a la vez feroz y truculento como una manada de lobos hambrientos. Ojalá que cuanto habéis aprendido aquí os ayude a ser un caballero sensato y justo —dijo el anciano en el momento de la despedida.

—Tened la seguridad de que así será —dijo Junco con firmeza.

Subió a lomos de Narbolius y ambos, sin saberlo, partieron en busca del mundo oscuro de los hombres.

CAPÍTULO 12

A medida que Junco y Narbolius avanzaban por un bosque denso y oscuro, una niebla más espesa que los negros velos de las tinieblas los envolvió. Algo había cambiado en el entorno y Junco lo percibió al instante. Ahora le parecía reconocer la tierra que pisaban aunque no pudiera verla y presintió, de algún modo, que regresaba al mundo de los hombres. La fantasía y la irrealidad no eran más que un recuerdo grato en su memoria. Incluso la imagen de Gorgonán se diluía en su mente haciéndose más irreconocible, como si la niebla la falseara o como si sólo fuera la imagen emborronada de un sueño olvidado. También la cándida expresión del dragón se transformó adquiriendo rasgos más severos, como si Narbolius intuyera los acontecimientos que el murmullo del viento danzando entre las ramas de los árboles pregonaba.

No pasó mucho tiempo cuando de las sombras del bosque surgió una extraña voz:

—¡Deteneos, insensato! ¿Acaso imagináis lo que más allá de este bosque sombrío os aguarda?

Los ojos de Junco rebuscaron en la inquietante oscuridad de la noche hasta que al pie de un árbol gigantesco descubrieron lo que parecía la figura difuminada de un caballero malherido recostado junto al tronco, muy cerca de las remansadas aguas de un riachuelo. Vestía armadura y un yelmo cerrado le cubría la cabeza. A su lado, yacían cubiertos por una gruesa capa de polvo una vieja espada y un escudo con majestuosos símbolos heráldicos.

De un salto, Junco bajó de Narbolius y corrió en ayuda del presunto herido, pero se quedó pasmado al levantar la visera del yelmo y comprobar que bajo la armadura no había nadie: ningún ojo, ningún rostro, ningún cuerpo. Pensó que se trataba de una emboscada y se incorporó veloz, mirando desconfiado en derredor y llevando la mano a la empuñadura de su espada.

—Si desenvaináis la espada no esperéis que sea yo quien os rete a duelo. Así es que conteneos y reservad vuestros ímpetus para ocasión más precisa, no tenéis nada que temer de mí.

Junco miró a Narbolius y la calma que apreció en sus ojos de azafrán le confirmó que ningún peligro les acechaba.

—Entonces, ¿por qué no salís de vuestro escondrijo y dejáis que pueda veros como vos me veis a mí? —dijo sin saber a quién dirigir sus palabras.

—¿Os parecen poco visibles los brillos de mi atuendo? —respondió con tono jocosos la voz de la armadura—. Acercaos sin miedo —añadió.

—¿Sois un fantasma? —se atrevió a preguntar Junco al ver a la armadura incorporarse hasta apoyar la espalda en el grueso tronco del árbol. Luego, la mano enguantada de la coraza se elevó hasta la visera del yelmo y la alzó produciendo un sonido metálico.

—Así se respira mejor —dijo el fantasma como si bromeara.

Junco se acercó hasta la armadura y volvió a mirar adentro.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó incrédulo, pues nada que no fuera metal encontró en el interior de la coraza.

—Llevo siglos en este lugar —contestó la armadura algo sofocada.

—Debe de ser aburrido estar siempre en el mismo lugar —murmuró Junco, pues no se le ocurrió otro modo de disimular su estupor ante tan insólito encuentro.

La armadura se removió de nuevo y sonó como un tintineo de torpes campanas.

—No creáis —dijo—, he entretenido el tiempo pensando sobre lo que hice en mi vida y los errores que entonces cometí. Tal vez el mayor de todos fue haber venido un día hasta aquí, hace ahora mucho tiempo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Junco interesado.

—Sentaos a mi lado, os lo contaré si os complace oírlo.

Junco obedeció y se sentó junto a la armadura, aunque no pudo evitar sentir cierto rubor al conversar con un ser incorpóreo que, sin embargo, hablaba con inusitada sensatez. Cuando era niño había oído a las cocineras del castillo de su padre contar antiguas leyendas sobre fantasmas que vagaban perdidos entre tinieblas y aterrorizaban a nobles y campesinos de la comarca con sus extravagantes ruidos y sus misteriosos movimientos de muebles y objetos, pero nunca imaginó que llegaría un día en que él mismo conversaría con uno de ellos, por demás tan cortés y tan cuerdo. Sin duda no hay que fiarse de las leyendas, pensó, y recordó las palabras de Dongo, el cocinero del barco vikingo del capitán Uklin, cuando le dijo que también hubo en la historia piratas que defendieron causas nobles y que no siempre las leyendas son ciertas, pues las forja la invención y ésta es proclive al engaño.

—Cuando vos gustéis —dijo Junco, acomodando sus posaderas sobre unas matas de tomillo que le sirvieron de cojín.

La armadura carraspeó antes de iniciar su relato y su voz se ensombreció.

—Hace muchísimos años hubo una guerra de las más terribles que se conocieran. Todo el bosque que ahora oculta esta espesa niebla hervía en el fragor de la batalla y el agua clara del riachuelo que transcurre a pocos pasos de nosotros se tiñó pronto del color rojo negruzco de la sangre. Yo mismo, montado en un hermoso corcel blanco, blandía mi espada ciego de ira mientras lanzaba mandobles a diestro y siniestro con la furia de una alimaña acorralada. Mis rivales caían ante mí como frágiles marionetas de un guiñol malhadado: destrozados, mutilados, muertos. Y de sus cadáveres se alimentaba mi rabia, ajena a los gritos, al horror, al espanto clavado en los ojos de mis enemigos, que no hacían sino aumentar la fuerza de mi brazo y la impiedad de mi alma. Nada podía contenerme, ningún sentimiento de compasión o clemencia. Un único pensamiento gobernaba mi razón perdida: MATAR O MORIR. Con tal afán, lancé mi brazo con todo el vigor de que era capaz hasta el cuello de un guerrero dispuesto a clavarme su lanza en el corazón y mi espada segó su cabeza como la guadaña el trigo. Entonces vi aterrado que mi enemigo no era más que un muchacho y que sus ojos, aún abiertos a pesar del golpe mortal, estallaban

implorándome una razón que justificara nuestra violencia. No miento si os confieso que me quedé petrificado, incapaz del menor gesto, del más leve movimiento. Tampoco me importó quedar a merced de mis enemigos, pues mi mente se mostraba incapaz de acoger otra inquietud o zozobra que la pregunta nunca contestada a aquel muchacho moribundo. Y por un instante me vi convertido en un lobo de enormes colmillos afilados como flechas que, como el resto de la feroz manada, destripaba los cuerpos ensangrentados de otros lobos hambrientos de muerte. Fue entonces cuando bajé de mi caballo, indiferente al clamor de la batalla que retumbaba en mis oídos con el zumbido sordo de un trueno. Abatido y desolado por la muerte del muchacho, me senté bajo este árbol, y desde entonces he permanecido aquí, intentando responder a aquella pregunta y esperando que alguien como vos pasara de la fantasía a la realidad para advertirle —dijo la armadura.

—¿Advertirle? ¿Advertirle de qué? —inquirió Junco. Un súbito silencio sobrevoló el bosque y los ojos de Narbolius se elevaron hasta el cielo invisible de la noche como si buscaran en él la respuesta a la pregunta de Junco.

—De la crueldad de los hombres —respondió al cabo la armadura, embadurnando de pesadumbre su voz—. Si continuáis vuestro camino os encontraréis con la triste realidad de la guerra, una guerra cruel e injustificable en la que no importa que mueran ancianos, mujeres o niños —añadió dejando escapar un suspiro.

—No tengo otro remedio que seguir adelante. He de regresar al castillo de mi padre —dijo Junco con reverencia.

—De cualquier modo, quedáis advertido.

—Sois muy amable. ¿Cómo os llamáis? —preguntó Junco.

—Ahora mi nombre no tiene importancia, pero me llamo Dalmor, aunque todos me conozcan como Dalmor el Desventurado, y ésa que veis ahí es mi oxidada espada —dijo señalando a su lado.

—He oído hablar de vos, aunque nunca sospeché que llegaría a conoceros.

—Pues ahora también conocéis mi historia, y confío en que os sirva de algo mi experiencia.

—Así lo procuraré —asintió Junco.

Luego, la voz de la armadura habló pausadamente:

—Corren malos tiempos por estas frías tierras. El odio sigue prendido en las almas de muchos caballeros infames como la brea en una antorcha.

—¿Y cuáles son ahora los motivos de sus disputas? —quiso saber Junco.

—¡Oh, son los de siempre! La ambición, el poder, la codicia, la maldad, el egoísmo, el desprecio a los otros, pues hay en la naturaleza humana un instinto animal que se resiste a abandonarlos —respondió la armadura con desgana—. Mejor haríais en volver sobre vuestros pasos y regresar al lugar del que venís.

—Voy al lugar del que un día partí —dijo Junco—. Pero no os inquietéis por mí, no tengo el menor propósito de guerrear.

—No puedo reteneros aquí contra vuestra voluntad. Sois libre para elegir los senderos de vuestro destino, pero no olvidéis nunca que allí donde comienza la libertad de otro hombre acaba la vuestra; sólo así evitaréis involucraros en los conflictos que azotan la historia de la humanidad desde los orígenes del mundo.

—Os agradezco la advertencia y el consejo, pero ahora debo marcharme. Mi padre me aguarda —dijo Junco excusando su prisa.

—¡Que la suerte os acompañe!

Fue decir esto, y la armadura se desmoronó como si hubiera caído sobre ella un soplo hechizado, conformando junto al gigantesco árbol un montículo de chatarras oxidadas.

CAPÍTULO 13

Más allá del bosque se abría un inmenso páramo. El cielo se teñía del color gris de la ceniza y en el horizonte largas columnas de humo se confundían con él. Junco cabalgaba sobre Narbolius, cuyo aspecto era ahora majestuoso sobre la inmensa llanura. Pensaba en la historia que la armadura le había contado y en la pregunta sin respuesta que los ojos del muchacho le habían formulado en silencio antes de morir. Tampoco él encontró una razón que justificara la violencia. Tal vez, se dijo a sí mismo, porque la violencia fuera, simplemente, injustificable. Y pensando esto, sus propios ojos se cubrieron de terror al descubrir la negra sombra que se aproximaba a ellos desde el sur. Narbolius se agitó como un potro que hubiera visto al diablo ante sus mismas narices: la húmeda hierba estaba sembrada de cadáveres ensangrentados, cuerpos sin brazos, rostros desencajados por el dolor, cabezas destrozadas y miradas sin vida extraviadas en los abismos del caos. Sólo la negra sombra que se removía en la lejanía parecía haber sobrevivido a la masacre.

Cuando llegaron hasta ella, Junco pudo ver a una mujer ataviada con largos velos negros que le cubrían la cara y danzaban mecidos por el viento. Todo a su alrededor permanecía en penumbra, como si la misma luz huyera de su proximidad.

Junco se estremeció al contemplarla.

—¿Os habéis extraviado? —preguntó.

La mujer emitió una carcajada chillona que propagó el aire. Luego, contestó con voz lúgubre:

—Eres tú el forastero y no yo, jovencito.

—¿Vivís cerca de aquí? —insistió Junco, esforzándose en mantener tranquilo a Narbolius, que no paraba de moverse de un lado a otro para evitar la mirada aciaga que se ocultaba tras los negros velos de la sombra.

La mujer volvió a reír estrepitosamente.

—Yo habito donde me llaman. Todo lo que ven tus ojos me pertenece. Han sido días muy provechosos para mí. ¿No te parece?

—¿Ha sido obra tuya este desastre? —preguntó Junco con una mueca de horror bosquejada en sus labios.

—No, jovencito, se han matado unos a otros, anticipándose a mi llegada. Tanto es el poder de los hombres que pueden matar a otros hombres. Ese soldado que ves a mi lado —dijo señalando con un dedo tenebroso— no debía haber muerto hasta cumplidos los ochenta años. Era un rudo pastor que se habría casado pronto y habría tenido muchos hijos a los que cuidar. Sin embargo, nada de eso ocurrirá ya.

Entonces comprendió Junco que la mujer sin rostro que le hablaba era la Muerte, y un frío gélido corrió por sus venas como un río de hielo. Nunca antes había pensado en ella. Siempre creyó de niño que él mismo era inmortal, y que algo tan terrible como la muerte sólo afectaba a los animales que había visto agonizar bajo un afilado cuchillo en las cocinas del castillo de su padre. Pero ahora tuvo la certeza de que también él moriría un día tan nebuloso e incierto como el del pobre soldado que yacía inerte a su lado. Y entonces contempló el cadáver del hombre, la palidez de su rostro, los finos hilos de sangre que se derramaban por sus labios, el color cerúleo de su piel entumecida, y pensó si acaso era posible seguir viviendo de algún modo después de muerto. Miró a la mujer y dejó que sus pensamientos escaparan libres por sus labios.

—¿Qué eres? —preguntó.

La mujer tardó en contestar. Después dijo:

—Soy la razón de la vida. Si yo no existiera, tu misma presencia en la Tierra no tendría ningún sentido. También tú me llamarás un día y yo acudiré puntual e irremediabilmente a la cita.

—¿Será pronto? —prosiguió Junco.

—Lo sabrás cuando llegue la hora —sentenció la mujer.

—¿Y adónde me llevarás?

—¿Quién sabe?

El corazón de Junco palpitaba alocado.

—Eso no es una respuesta —protestó.

—¿Acaso recuerdas el espacio que ocupabas antes de nacer?

—No —dijo Junco.

—Ése es precisamente el lugar al que iremos. Cuando te mueres, te mueres como se muere un mosquito. Tampoco él lo recuerda.

Narbolius lanzó un bostezo al aire.

—¿Insinúas que también los mosquitos temen a la muerte? —inquirió Junco.

La mujer se removi6 entre sus propias sombras.

—Yo no he dicho tal cosa. Es la conciencia de la muerte lo que te diferencia del mosquito, aunque te iguales a 6l despu6s de muerto.

La comparaci6n se le antoj6 a Junco desproporcionada.

—Debe de ser terrible morir, incluso para un mosquito —argument6.

—No lo creas —dijo la mujer suavizando su l6gubre voz—. Lo terrible ser6a morir y saber que est6s muerto. Son los afectos a las cosas y a los seres queridos los que te hacen temer mi llegada, pero, cr6eme, yo apaciguo todos los sufrimientos. Aunque puedas creer lo contrario, no soy tan temible como cuentan de m6, a menos que, como ves a tu alrededor, sean otros los que me obliguen a venir sin yo desearlo. La guerra es el capricho m6s atroz que pueda imaginarse. Pero tampoco te esfuerces mucho en comprenderme, te ser6 mucho m6s f6cil entender la Vida. Y ahora debes marcharte de aqu6, tengo algunos asuntos que atender a6n y prefiero estar sola para ultimarlos.

Junco obedeci6 y ni tan siquiera se despidi6 ni mir6 atr6s; ten6a por delante toda una vida que, en alg6n lugar no muy lejano, le aguardaba.

CAPÍTULO 14

El encuentro con la armadura espectral y con la misma Muerte sumió a Junco en hondas reflexiones. Ni siquiera se percató de que comenzaba a amanecer y aún no había dormido. Tampoco Narbolius demostraba estar cansado. Ambos deseaban alejarse cuanto antes de aquel lugar siniestro y esperaban contemplar la clara luz del nuevo día como si despertaran de un mal sueño. Pero el color rojizo del horizonte no auguraba una mañana en calma que les permitiera descansar un buen rato. Muy cerca del castillo que divisaron sobre un cerro rocoso ardían incontables hogueras, y un zumbido sordo se propagaba en el aire como el rumor de una tormenta. Junco achicó los ojos y alrededor de las largas lenguas de fuego avistó guerreros que, a causa de la rigidez de sus pesadas armaduras, se movían con torpeza entre las tiendas del campamento. Intuyó que ésa sería la guerra que el fantasma del caballero le advirtió que encontraría si continuaba su camino, pero no sintió ningún temor. Ahora también conocía a la Muerte, y había visto con sus propios ojos aterrados los cadáveres que yacían en el páramo, víctimas de alguna batalla reciente y despiadada. Acarició el cuello de Narbolius y siguió adelante.

Los primeros soldados que se percataron de su llegada corrieron precipitadamente en busca de sus lanzas sin atreverse a afrentarlos. La figura de Junco a lomos de Narbolius, erguido y arrogante, les impresionó tanto que creyeron estar viendo visiones por efecto de algún maleficio inexplicable. Otros creyeron que los vapores del vino ingerido durante la noche les jugaban una mala pasada o les gastaban una broma desprovista de gracia alguna, al tiempo que aferraban sus arcos sin acertar a colocar las

flechas en su punto de mira. Era la primera vez que contemplaban a un caballero montado sobre un dragón tan magnífico y todos se apartaban a su paso, creando en torno a ellos un largo pasillo cual si le rindieran honores cautivados por su presencia.

El silencio se apropió del aire, anunciando que algo insólito ocurría, y sólo la voz del codicioso barón Trulso Toleronso, también llamado el Mezquino, que salió alarmado de su tienda sin tiempo siquiera de cubrirse la cabeza con su terrorífico yelmo de pajarraco, lo rompió.

Junco lo reconoció al instante, pues más de una vez vio la cabeza de aquella ave picuda pintada en los estandartes del barón cuando visitaba el castillo de su padre el gran rey Winder Wilmot Winfred, y a fe que nunca le agradaron su oscuro semblante ni sus ojos de buitre. Vestía cota de malla y una túnica de seda negra con la cabeza de un águila siniestra bordada en rojo que le cubría el pecho. De sus hombros pendía una capa negra y protegía sus manos con guanteletes destellantes. Al cinto le colgaba una espada en su vaina que tenía la empuñadura de oro y brillantes, y delante de su tienda ondeaba al viento el estandarte de sus tropas con la misma cabeza de águila pintada en el centro.

—¿De dónde habéis salido? —dijo el barón sin poder explicar su propia estupefacción, que, no obstante, procuró disimular para no acobardar a sus hombres ni menoscabar su autoridad.

—Vengo del lugar en el que nacen los Sueños —respondió Junco.

Trulso Toleronso frunció el ceño, malhumorado, y caminó con paso parsimonioso alrededor de los recién llegados.

—¿Allí habéis encontrado a esa bestia? —insinuó desdeñoso el barón, señalando con su mano enguantada a Narbolius.

Los ojos del dragón lo miraron orgullosos y vigilantes, pues pronto intuyeron la maldad de aquel hombre y los ocultos propósitos que se cocían en su retorcida mollera.

—La bestia a la que os referís nunca ha causado daño alguno, aunque podéis tener la certeza de que es más sabia que muchos sabios y más audaz que el más intrépido de vuestros guerreros —replicó Junco.

Al oír esto, el barón pensó que nada como un dragón le facilitaría más sus planes de conquista y dominación de cuantas aldeas, tierras y castillos

podiera abarcar su codicia. Por ello concibió la mezquina idea de apropiarse del portentoso animal a cualquier precio.

—Os desafío a combatir en un torneo de lanza y espada. Si vos sois derrotado me pagaréis vuestra vida entregándome al dragón —dijo sin el menor recato.

Narbolius se estremeció.

—¿Y si sois vos quien sufre la derrota? —dejó caer Junco.

—Ésa es una eventualidad que ni siquiera puedo considerar como hipótesis —contestó el mezquino barón con insolencia y desmedido engreimiento.

—¿Es ése el único modo que conocéis para lograr vuestros deseos? —requirió Junco, sabedor ya de la codicia que invadía el alma del barón.

—¿Acaso vos conocéis otro más rápido y eficaz que la fuerza? —Repreguntó Trulso Toleronso con ironía.

—Ya veo que nunca habéis oído hablar de la razón —dijo Junco.

—La razón no ayuda a ganar batallas —le espetó el barón.

—Pero ayuda a evitarlas —replicó Junco—. No aceptaré vuestro reto. Juré a quien me la entregó que no usaría nunca esta espada —añadió, satisfecho de cumplir su palabra.

—Hacéis bien si queréis salvar la vida. —Soltó el barón desafiante.

—Ya he comprobado que para vos la vida no tiene ningún valor. Habéis sembrado el páramo de cadáveres.

Los labios del barón se abrieron en una sonrisa macabra.

—Si no aceptáis mis condiciones me veré obligado a tomar por mi mano lo que os negáis a entregarme de buen grado —murmuró Trulso Toleronso deslizado su brazo en torno a él como sutil insinuación de su poder, ante la mirada expectante de sus guerreros.

El semblante de Junco, oculto tras el yelmo, destellaba valor y prudencia a un tiempo. El bufón le dijo que no usara nunca su espada a menos que le fuera la vida en ello. No debía precipitarse.

—¿Es eso lo que también os proponéis hacer con ese castillo? —preguntó Junco esforzándose por reconducir el diálogo hacia asuntos más propicios para él.

—¡Oh, sí! Lo haré muy pronto —dijo el barón con obvia petulancia—. Grenfo Valdo es tan testarudo como vos y se niega a rendirse ante mi voluntad. El viejo loco piensa que puede resistir mucho tiempo en ese nido de cucarachas, pero pronto cederá a nuestro asedio: sus mejores y más fieles caballeros están muertos y desperdigados por el páramo, y los habitantes del castillo, hambrientos y desesperados. Hace más de un mes que nadie ha podido salir de allí.

A Junco aquel nombre le resultó familiar. Grenfo Valdo, repitió para sí. Estaba seguro de haberlo oído en alguna parte pero no recordó cuándo ni dónde, y sus cansados ojos vagaron entonces en derredor, contemplando sin prisa el numeroso ejército de hombres pertrechados con arcos, ballestas, lanzas y espadas que se disponía a asaltar sin contemplaciones la fortaleza amurallada que se erguía imponente sobre el cerro rocoso. Todo un ejército bien uniformado y adiestrado. Los estandartes danzaban al viento, y los yelmos, los escudos y las corazas centelleaban al recibir los rayos de sol que se colaban entre los nubarrones que surcaban dispersos el cielo, atemorizados por infinitas lanzas dispuestas en vertical como una insólita horda de agujones asesinos. Las torres de asalto y las catapultas, los trabuquetes, los arietes y las empalizadas conformaban un paisaje de gigantes mecánicos al acecho de su presa. Bastaría la orden de ataque del barón para que todo se pusiera en funcionamiento como una despiadada y terrible máquina de matar.

Junco se propuso evitarlo, aunque no supiera aún cómo impedir que la codicia del barón Trulso Toleronso terminara en una nueva y cruel carnicería.

—¿En qué os ha ofendido el señor Grenfo Valdo, si puede saberse? —preguntó Junco, confiado en ganar un tiempo valioso para definir su estrategia.

El barón dudó antes de responder. No tenía por qué hacer partícipe de sus abyectos propósitos al enigmático caballero que ahora lo inquiría, del que ni siquiera conocía el nombre y al que aún no había visto el rostro, y que a juzgar por el maravilloso dragón que cabalgaba parecía salido de un cuento de hadas. También él había oído a los juglares cantar antiguas canciones de dragones a los que se atribuían poderes tan portentosos que los

hacían invencibles e inmortales, pues su piel era tan dura que las flechas y las lanzas rebotaban en ella, quebrándose como palillos. Pero éstas sólo eran viejas leyendas.

Al fin, arrastrado por su vanidad, no pudo contener la lengua y dijo:

—Ésta no es una disputa de honor sino de poder. Grenfo Valdo se opone a mi propósito de derrocar del trono al rey Winder Wilmut Winfred, llamado el de la Triple W.

Los ojos de Junco estuvieron a punto de delatar su sorpresa. El corazón le dio un brinco y un escalofrío le recorrió el cuerpo bajo la armadura, que sólo el dragón percibió. Narbolius, sin embargo, mantuvo su porte impávido y la mirada altiva. Tal vez tuviera que ayudar a su joven amigo a salir de ese atolladero, pensó para sus adentros de fuego, al tiempo que lanzó un bufido humeante que hizo retroceder de un salto al barón y a todos sus hombres.

—¡Contened a esa maldita bestia si no queréis que mis arqueros la acribillen antes de que podáis mover uno solo de vuestros párpados! —aulló el barón disimulando el leve temblor de sus palabras y de sus manos. De buena gana habría acabado con el animal de un solo golpe de su afilada espada, pero su aviesa intención de apoderarse de tan magnífica criatura le aconsejó que refrenara su instinto y se tragara su rabia.

—Ya os he dicho que Narbolius no os hará ningún daño —insistió Junco, indiferente a la amenaza.

—¿Narbolius? —exclamó alborozado Trulso Toleronso.

Sus guerreros observaban recelosos y asustados al dragón, con la misma mirada torcida de quien mira un prodigio.

—Ése es su nombre —dijo Junco ufano.

El barón lanzó una estruendosa carcajada al aire frío, y el vaho que salió de su boca se elevó sobre él como una nube diminuta y frágil.

—Narbolius es un nombre ridículo. Ni siquiera el más inofensivo de mis perros falderos tiene un nombre tan burlesco.

—A mí me parece un nombre precioso —concluyó Junco.

El tono distendido de la conversación fue aprovechado por el barón para lanzar una sutil propuesta.

—¿Por qué no os unís a mi ejército? Parecéis valiente y aguerrido. Ambos seríamos invencibles.

Junco sintió una náusea ardiente treparle por la garganta. Aquel mezquino barón le proponía unirse a él para destronar a su propio padre y arrebatarle la corona o, acaso, la misma cabeza que con tanta dignidad la portaba.

Entonces, algo imprevisto ocurrió. Una voz que provenía de las cercanías gritó:

—¡No hagáis caso a ese embaucador!

Todas las cabezas se giraron como si obedecieran una orden. Junco miró también al lugar del que había surgido el grito y vio a un hombre encerrado en una improvisada mazmorra hecha con barrotes de palos cruzados entre sí que colgaba de un árbol como la jaula de un pájaro enorme.

—¿Quién es ese prisionero? —preguntó Junco.

—Un vikingo necio y arrogante que osó negarse a obedecerme. Luchaba del lado de los caballeros de Grenfo Valdo, y creedme que lo hacía con la fiereza de un bárbaro. Cuando lo hice prisionero le propuse que combatiera junto a mis invencibles guerreros y me escupió a los pies. El honor hace torpes a los héroes, ¿no os parece? —discursó el barón.

Junco no pareció estar de acuerdo con el barón y transformó el sentido de sus palabras.

—Pero los dignifica —apostilló.

—Es evidente que tampoco vos deseáis complacerme —murmuró el barón, y acto seguido ordenó a sus hombres—: ¡Atrapadlo!

Antes de que los guerreros de Trulso Toleronso pudieran removerse en sus pesadas armaduras, Narbolius lanzó un bufido de fuego que los dejó paralizados de horror y envueltos en una nube de humo blanco que los cegó como la niebla más espesa. Junco saltó aprovechando la confusión creada y corrió hasta la jaula que colgaba del árbol. Desenvainó su espada y le lanzó un golpe con tanto vigor que los palos de madera saltaron al aire convertidos en incontables astillas, al punto que el prisionero creyó que un rayo divino había caído sobre él.

—¡Dejadme vuestra espada y yo solo me bastaré para acabar con el barón y todas sus huestes! —dijo con arrojo, después de lanzarle un guiño al cielo en señal inequívoca de gratitud por su liberación.

—Olvidaos de vuestras ínfulas y subid a lomos del dragón, capitán Uklin. Luego me contaréis qué hacíais metido en este enredo.

El capitán Uklin obedeció sumiso, pero no dejó de preguntarse cómo podía saber su nombre el osado caballero que lo había liberado de su incómoda jaula. Y recordó que en cierta ocasión le ocurrió lo mismo con un atrevido jovenzuelo que capturó en el lago de Fergonol y que surcaba sus amenazadoras aguas en busca de su nombre.

Aunque no menos alelado se quedó el barón Trulso Toleronso, pues cuando la nube de humo blanco se disipó, ni el prisionero vikingo ni el misterioso caballero ni el fantástico dragón, estaban allí. Se habían desvanecido en el aire como se desvanece un sueño.

CAPÍTULO 15

Junco volvía a volar bajo las nubes grises que arropaban el cielo. Pero en esa ocasión no estaba solo con Narbolius. El capitán Uklin los acompañaba y miraba alucinado el paisaje que allá abajo se deslizaba veloz ante sus abiertos ojos. Muy lejos, al sur, se divisaban sombríos bosques de abetos con copas puntiagudas; al norte, blancos mantos de nieve cubrían las montañas que rodeaban el lago de Fergonol; al este y al oeste se extendía un páramo vacío y verde como una ondulada moqueta de musgo agujereada por los plateados destellos de infinitas ciénagas.

Abajo, en el abismo, las torres almenadas del castillo del señor Grenfo Valdo se erguían orgullosas entre las murallas como si quisieran llegar hasta el dragón.

—¡Por las orejas rojizas y blandas de un vikingo avergonzado! ¿Queréis bajarme de este portento volador? Yo no soy hombre del aire sino del agua, y que yo sepa el vuelo está pensado para los pájaros, no para los hombres —dijo el capitán Uklin mirando de soslayo el vacío que engullía sus pies.

Junco sonrió.

—Aguardad un poco, pronto buscaremos un lugar tranquilo en el que poder posarnos sin temer que nos agujereen la piel los arqueros del barón Trulso Toleronso —lo tranquilizó.

—Excusadme, aún no os he expresado mi gratitud por devolverme la libertad —dijo el asustado vikingo, olvidándose de su propio miedo.

—No es necesario que lo manifestéis, lo hice con sumo agrado y lo hubiera hecho igualmente aunque no os hubiera reconocido. Al veros en esa jaula sentí una inmensa alegría. No podía dejaros allí.

—¿Sois tal vez un caballero del castillo del señor Grenfo Valdo?

—¿No me reconocéis? —dijo Junco, divertido.

—¿Podría hacerlo cuando tenéis el rostro oculto tras el yelmo? Vuestra voz no me recuerda ninguna que haya oído antes, aunque no me cabe duda de que debemos conocernos de algo, pues de otro modo vos no podríais saber mi nombre —aceptó el capitán Uklin, Luego prosiguió—: En una ocasión, hace ya tiempo, me ocurrió algo parecido con un joven que navegaba en una barcaza por el lago de Fergonol. ¿Podéis creerlo? Tampoco él conocía su nombre, aunque lo encontró Dongo, el cocinero de mi barco. El pobre cayó al agua durante la tormenta y se lo tragaron las olas... Junco, sí, así creo que se llamaba —dijo después de reflexionar un instante.

Junco disimuló sus ganas de reír y contuvo su inicial impulso de desvelar el misterio sobre su persona que tanto perturbaba a su nuevo compañero de viaje. Pero antes de revelar su identidad aún quería que el capitán Uklin le explicara cómo había llegado hasta allí y dónde estaba su gordo y buen amigo Dongo, el cocinero que había encontrado su nombre entre los cacharros de la cocina del barco poco antes de que cayera a las aguas del lago y Narbolius lo rescatara de los tenebrosos brazos de las olas. Ardía en deseos de volver a verle y estaba seguro de que tanto el capitán Uklin como Dongo también se alegrarían de verlo a él.

—Decidme, ¿cómo es que acabasteis encerrado en esa jaula de pájaro como un cebo dispuesto para atraer a los zorros?

El capitán carraspeó.

—¡Oh, amigo mío! El destino nos guarda sorpresas que rara vez se desvelan a nuestro conocimiento. Navegaba con mis hombres por el lago de Fergonol, cuyas aguas me pertenecen por derecho pues en él vieron mis ojos la primera luz y en él pienso acabar mis días, cuando quiso el azar que en la orilla encontráramos a un noble caballero que nos hacía señales desesperadas agitando al aire su estandarte. La curiosidad y mis ansias de aventura me llevaron hasta él, pues nunca antes había visto atavío ni atuendo como el que vestía, al punto que por los destellos de su armadura creí que era un ser caído de las estrellas. Al vernos a su lado pareció que el noble caballero hubiera encontrado la salvación de su alma, y pronto nos

explicó que llevaba años buscando el lugar en que se oculta el sol sin encontrarlo, pues había leído en un viejo manuscrito hallado en su castillo que allí, en algún punto del ocaso, habitaban poderosos y fieros dragones capaces de aterrorizar al más intrépido guerrero.

—¿Dragones, decís? —lo interrumpió Junco.

—Sí, eso dijo el caballero —confirmó el capitán Uklin.

Los ojos de Junco danzaron en sus órbitas.

—¿Portaba un estandarte con un dragoncillo de oro bordado sobre fondo de terciopelo rojo?

—Así es —confirmó el capitán—. El dragón, muy parecido al vuestro, es la figura del escudo de armas del señor Grenfo Valdo, señor del Castillo del Dragón.

A Junco se le erizó el vello como si una mano invisible lo hubiera acariciado. Ése era el caballero que también él había encontrado a orillas del lago de Fergonol. Ahora lo recordaba como si lo viera, pero no dijo nada al capitán Uklin.

—¿Y qué ocurrió después? —dijo Junco.

—Al principio pensé que era un caballero andante trastornado por la sed y el hambre de tantos días errando por las orillas del lago montado en su hermoso corcel blanco. Mas al despojarse de su yelmo vi en sus ojos que no mentía, y que la blancura de su pelo y su tez quemada y enmarcada por una afilada barba blanca confirmaban su sinceridad e imponían respeto a la nobleza de su alcurnia. «Necesito vuestra ayuda sin demora», nos dijo. «Si no puedo hallar dragones que disuadan a mis enemigos de atacar mi castillo, tal vez pueda vencer su codicia con un grupo de valientes mercenarios». Yo no podía creer lo que oía, pues siempre soñé con luchar a favor de alguna causa justa como la que aquel caballero nos proponía y acepté de inmediato. «No podríais haber elegido mejor ocasión ni hombres más adecuados a vuestro propósito. Somos piratas vikingos bien adiestrados en el uso del hacha y la espada, y no tememos ni al mismísimo Diablo que surgiera de sus infiernos», le dije sin pestañear. Y así fue que atracamos el barco a orillas del lago y partimos con el señor Grenfo Valdo hacia su lejano castillo, atravesando bosques lúgubres, tierras inhóspitas, pantanos infectos y montañas inaccesibles.

Narbolius planeó con sus alas cerca de un terreno pantanoso adornado por infinidad de florecillas amarillas y blancas, tan frescas como si un pincel mágico las acabara de pintar, y se posó con suavidad sobre ellas. Algunos algarrobos panzudos se desperdigaban por los alrededores y a su sombra crecían hierbas altas y mullidas sobre las que Junco y el capitán Uklin se sentaron para comer algunos frutos.

—¿Cuándo comenzó el asedio al castillo del señor Grenfo Valdo? — preguntó Junco volviendo al relato inacabado del capitán Uklin.

—Al poco de llegar al castillo, donde fuimos recibidos con alegres sonidos de caracolas gigantes y con todos los honores que un vikingo pueda soñar, tocaron a rebato las campanas. Un veloz jinete acababa de cruzar el puente levadizo trayendo malas nuevas para el señor Grenfo. Llegó sudoroso y agotado como su cabalgadura, y luego de beber un poco de agua del pozo más cercano a la puerta pidió audiencia urgente con su señor, pues, según explicó con voz entrecortada, no muy lejos de allí un poderoso y disciplinado ejército, fuertemente armado con las más sofisticadas máquinas de guerra que puedan imaginarse, quemaba plantaciones y poblados bajo los atroces estandartes y pendones del barón Trulso Toleronso.

»De inmediato se dispuso por el señor Grenfo Valdo apostar centinelas en las torres y alertar a la población más cercana e indefensa; ordenó que todos los soldados disponibles se aprestaran a defender el castillo y se convino que un reducido grupo de avezados caballeros, entre los que me contaba yo y alguno de mis hombres, partieran de inmediato como avanzadilla para contener y distraer a los atacantes. Mientras tanto, no paraban de llegar al castillo aldeanos y campesinos con sus asustadas mujeres y sus maltrechos hijos a lomos de mulos, burros y débiles caballerías, y con su ganado y sus carros de bueyes cargados de enseres y provisiones para soportar el asedio. Todos arrastraban su desgracia con dignidad y no menos coraje, y contaban con lágrimas en los ojos enrojecidos por el llanto que los guerreros del mezquino barón habían quemado sus casas y cosechas, arrasando sus poblados como un huracán enfurecido.

Junco seguía el relato del capitán Uklin embelesado, pero no pudo evitar interrumpirlo.

—Ese mezquino barón es un asesino.

—No os quepa duda, su ambición no tiene límites y no cesará en su empeño de arrebatarle la corona al rey Winder Wilmot Winfred, tan pronto se apodere del castillo del señor Grenfo Valdo.

—Lo sé —dijo Junco apesadumbrado—. Y tengo que evitar que así sea. El rey es mi padre —concluyó esparciendo sus ojos por la hierba sembrada de florecillas.

—¿Qué habéis dicho? —exclamó sobresaltado el capitán Uklin.

—Lo habéis oído muy bien, pero os ruego que guardéis el secreto que os he confesado como si nunca hubiéramos hablado de ello.

El capitán enmudeció.

—¡Juradlo, os lo ruego! —pidió Junco.

—¡Os juro que seré más callado y prudente que un asno! —aseguró el capitán besando la uña de su pulgar derecho.

—Ahora será mejor que vayamos a auxiliar al señor Grenfo; por el camino me contaréis cómo caísteis prisionero siendo tan hábil con la espada como con vuestra lengua.

Ambos se incorporaron dispuestos a emprender su marcha.

—Alteza... —titubeó el capitán Uklin—. ¿Os importa quitaros el yelmo para que pueda ver vuestro rostro?

—Claro, capitán, pero no me llaméis alteza. Llamadme Junco, como solíais hacerlo en vuestro barco vikingo —concedió al tiempo que descubría su cabeza, iluminada por débiles rayos de sol.

—¡Por las barbas mojadas de un ogro peludo! ¡Pero si sois el pobre muchacho que cayó al agua y se lo tragaron las olas del lago como a un pececillo indefenso! ¡Dejadme que os abrace! —exclamó el capitán apretando a Junco contra su pecho—. Os buscamos durante días sin encontrar el menor rastro de vos, podéis creerme. ¿Cómo habéis crecido tanto?

—Ha pasado el tiempo, capitán, ya no soy el joven que se buscaba a sí mismo en el Laberinto, y vos me ayudasteis a crecer. Os estoy muy agradecido.

—Vamos, vamos, no digáis eso —dijo el capitán Uklin haciendo aspavientos con sus fornidas manos—. Os hice mi prisionero, ¿no lo recordáis?

—Entonces sólo era prisionero de mi ignorancia.

Apenas dijo esto, Junco oyó removerse a Narbolius entre las altas hierbas del pantano. Y cuando miró hacia el dragón, vio como en un sueño que Gorgonán le daba de comer unas florecillas diminutas y sabrosas, a juzgar por la delectación con que Narbolius las degustaba.

—¿Gorgonán? —preguntó Junco indeciso.

Pero la imagen del viejo duende desapareció de súbito como si al nombrarlo se hubiera conjurado el hechizo que lo hiciera desaparecer de nuevo.

—¿Aún seguís hablando a solas con el viento? —dijo el capitán, y ambos rieron como no recordaban haberlo hecho desde hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO 16

Durante el viaje de regreso al castillo del señor Grenfo Valdo, el capitán Uklin contó a Junco cómo cayó prisionero del mezquino barón Trulso Toleronso. Le dijo que, una vez dispuesta la defensa de la fortaleza, salió de ella el grupo de hábiles caballeros y jinetes integrados en la avanzadilla que debía distraer a las huestes del barón. Aprovecharon la escasa luz del amanecer para filtrarse como sigilosas sombras entre sus líneas y lucharon denodadamente durante horas. Él mismo, con su hacha de mango corto, peleó como sólo podían hacerlo los elegidos, hasta que la mala fortuna lo traicionó y fue derribado de su caballo por una lanza que a punto estuvo de segarle la vida. Al caer se zafó como pudo de las patas de su cabalgadura, pero pronto se abalanzó sobre él un numeroso grupo de guerreros de a pie que, provistos de una gruesa red para cazar jabalíes, lo capturaron. Entonces pudo ver cómo los más valientes caballeros del señor Grenfo Valdo eran aniquilados sin contemplación alguna y sólo unos pocos lograban huir y salvar la vida.

—Me alegro de que también vos podáis contarle —dijo Junco.

—Creo que me dejaron vivo con la intención de que traicionara a mis hombres y me uniera a ellos, o con la esperanza de exigir al señor Grenfo un sustancioso rescate por mi vida.

—Confío en que esta inútil guerra acabe pronto —deseó Junco.

La fortaleza del señor Grenfo Valdo se elevaba sobre la cima de un cerro de difícil acceso por la lisura de sus paredes de roca. En la base de la colina rodeaba el castillo un ancho foso de agua que se extendía a lo largo de la muralla de la ciudad baja. Al frente, dos torres gemelas y redondas

abrigaban el puente levadizo, protegido a su vez por una puerta gigantesca y por el rastrillo. En el interior de la fortificación podían distinguirse distintos recintos amparados por altas torres y murallas que recorrían el cerro rocoso siguiendo el trazado de una línea oval. La torre del homenaje, en la que ondeaba un estandarte de terciopelo rojo con el dragón bordado con hilos de oro que representaba el escudo de armas del señor Grenfo Valdo, se localizaba en el centro del castillo y superaba en mucho la altura del resto.

Sobre ella aterrizó Narbolius, dejando atónitos a los centinelas que desde allí divisaban la total extensión del páramo y los movimientos del ejército del mezquino barón Trulso Toleronso. Pero pronto reconocieron al capitán Uklin, y después de manifestarle su alegría por su regreso sano y salvo al castillo se pusieron de inmediato a sus órdenes.

—¡Que el jefe de la guardia nos lleve con presteza ante el señor Grenfo!
—exigió con voz grave.

Narbolius volvió a encogerse hasta reducir su tamaño al de un perro ovejero y se adosó a la pierna de Junco como en él era ya costumbre cada vez que llegaban a algún lugar poblado. De ese modo llamaba menos la atención de los curiosos y no inspiraba el miedo que un dragón causaba.

—No olvidéis vuestro juramento —dijo Junco, confiado en que el intrépido capitán no desvelara su identidad bajo ningún pretexto.

Bajaron las acaracoladas y estrechas escaleras de la torre del homenaje precedidos por el jefe de la guardia, que portando una antorcha encendida los condujo luego por una sucesión de oscuros pasillos y dependencias hasta llegar a los iluminados y cálidos aposentos del señor Grenfo. Lujosos tapices con escenas de caza ornamentaban las paredes, y las ventanas con arcos de medio punto estaban cerradas por preciosas vidrieras de colores alegres.

—Sed bienvenido de nuevo a vuestra casa, capitán Uklin. Mi cansado corazón se desborda por el regocijo que me causa volver a teneros a mi lado —dijo el señor Grenfo, que no reparó en la presencia del caballero que acompañaba al capitán ni en el dragón que quedó oculto tras las piernas de los recién llegados.

—Gracias, señor —correspondió el capitán con una pronunciada reverencia—. Permitidme que os presente al caballero Junco, que tuvo el

valor de librarme de las garras del barón. Ha venido dispuesto a ayudaros en la defensa de vuestro honor y de vuestro castillo.

Pero cuando el señor Grenfo Valdo tendía su brazo para saludar a Junco, sus ojos se detuvieron en la figura del dragón que lo miraba alborozado.

—¿No me traiciona la vista, capitán? ¿Es posible que lo que ven mis ojos sea un dragón?

—Podéis fiaros de vuestros sentidos, señor; este portentoso dragón se llama Narbolius y pertenece al caballero Junco —contestó con una sonrisa.

—¡Al fin premia el cielo mis sueños! —exclamó—. He pasado años buscando el lugar en que se oculta el sol para poder encontrar una criatura tan hermosa como ésta, y ahora vos la traéis hasta mis aposentos como si fuera cosa de un sortilegio. No podría tener mayor alegría.

Narbolius se acercó al señor del castillo y se dejó acariciar por él como un cachorro.

—Vos y yo ya nos conocemos, señor Grenfo —explicó Junco, desprendiéndose de su deslumbrante yelmo de plata.

—Disculpadme, no recuerdo haberos visto antes —dijo.

Una vez más el capitán se veía sorprendido por las palabras de Junco, aunque luego razonó que era lógico que su amigo conociera a todos los nobles de la comarca, si como decía era hijo del rey Winder Wilmut Winfred, por todos conocido como el gran rey de la Triple W. Ignoraba el capitán que el señor Grenfo, a pesar de ser su súbdito, se encontraba muy lejos del castillo del rey, y que Junco no lo había visto nunca por aquellos lares.

—Fue en las orillas del lago de Fergonol; vos buscabais el lugar donde se oculta el sol y me preguntasteis si yo había visto algún dragón por los alrededores. Entonces os mentí, pues ya Narbolius estaba conmigo, pero no conocía cuáles eran vuestras intenciones y opté por ser cauto y no deciros nada sobre él. Os pido mil excusas.

El señor Grenfo frunció el ceño intentando forzar su memoria y al fin encontró lo que buscaba en ella.

—¡Ah, sí, claro que os recuerdo ahora! Pero entonces erais apenas un muchacho. Habéis crecido mucho, Junco, y creedme si os digo que me honra vuestra compañía. No podéis imaginar lo que significa para mí poder

acariciar a esta increíble criatura, aunque debo confesaros que siempre creí que eran seres de tamaño descomunal y de terrorífico aspecto. Al menos eso contaba la historia de mis antepasados que encontré oculta en los pasadizos secretos del castillo. Luego os mostraré el antiguo manuscrito. Está repleto de preciosas y magistrales ilustraciones.

—Será para mí un placer poder verlo, señor. Cuando os conocí me hablasteis de él con tanto entusiasmo que despertó mi curiosidad y mi interés por verlo. Tampoco yo imaginé nunca que volveríamos a encontrarnos. Y en cuanto al tamaño de los dragones, debéis saber que el día en que nos vimos Narbolius se hizo pequeño como un ratón y se escondió entre mis ropas. Puede cambiar de tamaño a su antojo y le gusta sorprender con ello.

—¿Es posible?

No hizo falta que Junco ordenara a Narbolius que mudara de tamaño. Tan pronto como el dragón oyó la pregunta del señor Grenfo Valdo, comenzó a crecer hasta alcanzar con su cabeza el alto techo de la estancia.

—¡Es fantástico! —exclamó el señor Grenfo aplaudiendo como un niño sorprendido por un espectáculo insólito.

Junco sonrió. Luego cambió de súbito el apacible rumbo de la conversación, dirigiéndola hacia mares más turbulentos.

—Decidme, señor Grenfo, ¿cuál es ahora la situación del asedio a vuestro castillo?

El señor Grenfo no dejaba de rascar la espalda a Narbolius, que había adquirido el tamaño de un camaleón y reposaba en sus manos.

—Hablares de ello durante el almuerzo, debéis de tener hambre, y el capitán Uklin no habrá probado bocado desde hace semanas. El barón no es persona que se prodigue en el cuidado de sus huéspedes —dijo.

Entonces recordó Junco al bueno de Dongo, el cocinero del barco vikingo del capitán, y le preguntó:

—A propósito del almuerzo que sugerís, ¿dónde está Dongo?

El capitán Uklin se anticipó a la respuesta del señor Grenfo Valdo.

—Dongo no conoce otro lugar donde pueda ser más feliz que la cocina. Yo mismo iré a buscarlo, se alegrará al veros de nuevo.

—¿También conocéis a Dongo? —preguntó admirado el señor del castillo.

—Es una larga historia que prometo contaros en otra ocasión.

El capitán Uklin salió de la amplia sala mientras el señor Grenfo explicaba a Junco la situación del asedio a su castillo. Y le contó que aún no se había producido ningún ataque directo de la artillería a las murallas, salvo algunas escaramuzas aisladas y sin importancia, pues no habían causado daño alguno ni a las torres ni a los soldados que las defendían. A su juicio, el ambicioso barón Trulso Toleronso, su vecino y amigo hasta entonces, aguardaría a que el fuerte asedio debilitara a los moradores de la fortaleza a causa del hambre y la sed, pero aún tenían bien abastecidas las despensas y las reservas de agua, y sus hombres se habían pertrechado con abundante munición y armamento suficiente como para soportar el asedio un mes más. Además, le explicó, bajando la voz en tono confidencial, hacía un par de días había enviado al rey Winder Wilmut Winfred un mensajero que había logrado cruzar las líneas enemigas con gran sacrificio y mayor fortuna.

Al oír el nombre de su padre, Junco no pudo evitar que la alegría le hiciera chispear sus ojos.

—¿Creéis que el rey atenderá vuestras súplicas estando tan lejos sus dominios? —preguntó disimulando su interés.

—Sin ninguna duda. Además de ser hombre de honor intachable, lo cual ya bastaría para que acudiera en mi auxilio, le he advertido del mezquino propósito del barón de despojarlo de la Corona.

En tales términos conversaban cuando Dongo entró en la sala bamboleando su enorme barriga al compás de sus pasos.

—¿Dónde está el pobre muchacho al que se tragaron las olas? —gritó.

CAPÍTULO 17

La comida que Dongo preparó para sus amigos fue exquisita, al punto de que si el barón Trulso Toleronso hubiera conocido los manjares que se sirvieron en la mesa, y que aún llenaban las nutridas despensas del castillo, a buen seguro habría ordenado el asalto final a la fortaleza. Hubo en el menú trucha ahumada con puré de almendras, magret de pato, salsa de arándanos, lomos de jabalí asado y, de postre, manzanas hervidas, nueces y tarta de hígado de faisán, que Dongo adornó con todas las plumas del ave tal cual si estuviera dormida. Se sirvieron sabrosos caldos subidos de las bodegas especialmente para la ocasión, y un simpático trovador con voz atiplada amenizó la comida tañendo con especial deleite las cuerdas de su mandolina. El señor Grenfo Valdo presidía el estrado, con Junco sentado a su derecha, el capitán Uklin a su izquierda, Dongo al lado de Junco y el alcaide del castillo al lado del capitán. Conversaron sobre el asedio al castillo y las maldades del barón Trulso Toleronso. Luego, el alcaide informó sobre el buen ánimo de los soldados, la disposición de las defensas y el inventario de víveres y armamento. Narbolius dormitaba junto a la chimenea y añoraba la compañía de Gorgonán, al que no veían desde hacía tiempo.

Al terminar el almuerzo, el señor Grenfo Valdo rogó al capitán, al cocinero y al alcaide que lo dejaran a solas con Junco, pues debía mostrar a su invitado el viejo manuscrito que había hallado en el castillo, y que hablaba de sus antepasados y de los dragones. Al oír esto último, Narbolius alzó la cabeza con la curiosidad pintada en sus ojos de azafrán. Corrió al lado de Junco y no se separó de su lado.

Cuando quedaron solos, el señor Grenfo Valdo fue hasta un arcón de madera situado debajo de una de las ventanas ojivales y lo abrió. El chirrido de las bisagras acompañó la escena inundando la sala de inquietante expectación. Del interior del arcón salía una extraña luz, leve como un destello, pero sin duda perceptible por los presentes. Las manos del señor del castillo cogieron el voluminoso manuscrito con la delicadeza con que se manipula un frágil tesoro y lo colocaron sobre un sólido atril ubicado junto a la ventana. El sol de la tarde se filtraba por las vidrieras y esparcía luminiscencias áureas sobre el título escrito con letras góticas, que rezaba:

Dragones

Junco observó admirado el texto dorado en la quietud del atril.

—¡Es extraordinario! —exclamó.

La portada había sido pintada por no se sabe qué prodigioso artista. Un valle como nunca había visto Junco ningún otro acogía toda la belleza que la imaginación es capaz de representar, y junto al anchuroso cauce de un río de aguas plateadas y mansas, una manada de majestuosos dragones dorados pastaba con placidez en las praderas, ante la mirada complaciente de un sol en su ocaso.

—¡Ése es el lugar donde se oculta el sol! —dijo Junco entusiasmado.

—Así es, amigo mío. Es el lugar más maravilloso que hayan visto nunca los ojos de un caballero andante, aunque yo nunca pude encontrarlo —confirmó el señor Grenfo.

También Narbolius se admiró ante la imagen del libro y sintió al contemplarla una profunda melancolía, como si lo que sus ojos de azafrán veían en aquel maravilloso valle le fuera conocido y añorado.

—¿Me permitís el honor de abrirlo? —rogó Junco.

—Hacedlo sin temor, es tan vuestro como mío.

Junco palpó con delicadeza el broche de oro que cerraba el libro y lo abrió con la ceremoniosidad que requieren los grandes hallazgos. Pasó la portada y su asombro no conoció límites al contemplar, pintado con igual maestría que la portada, el mismo medallón del dragón que encontrara en el

museo de la Ciudad de la Belleza, y que él llevaba colgado de su cuello y oculto tras la cota de malla desde entonces.

—¿Os ocurre algo? Parecéis desconcertado, miráis el libro como si la imagen de ese medallón os resultara familiar —dijo el señor Grenfo, que percibió al instante la cara de estupefacción de Junco.

—Vedlo vos mismo —dijo, y llevándose la mano al cuello sacó el medallón de su cabeza y lo colocó junto al que estaba pintado en la primera página del antiguo manuscrito.

—¡Es increíble la semejanza! —exclamó el señor Grenfo Valdo. Y acto seguido preguntó—: ¿Dónde lo habéis conseguido?

Entonces Junco explicó a su anfitrión su llegada a aquella ciudad mágica desbordada de belleza, su encuentro con el bufón que lo llevó al Museo y el mágico destello de luz proveniente del medallón, que lo deslumbró y llamó su atención desde la vitrina en la que estaba depositado. Y le dijo que al cogerlo se había producido en su cuerpo y en su mente una inexplicable transformación, adquiriendo el atuendo y el aspecto de caballero que ahora podía verse. También le mostró la espada y el escudo que el bufón le había entregado, y le habló de la promesa que él mismo hiciera de no usar nunca esas armas.

—Pero un caballero que no puede usar sus armas no es nada, no es nadie, cualquier contrincante lo derrotaría en el primer lance de una disputa —lamentó el señor Grenfo.

—También he conocido los horrores de la guerra y no deseo batirme con nadie. En mi camino encontré al fantasma de Dalmor el Desventurado y a su oxidada espada...

El señor Grenfo Valdo no salía de su estupor y no pudo evitar interrumpir el discurso de Junco.

—¿Dalmor el Desventurado? Según cuenta la leyenda, desapareció hace muchísimos años durante una violenta batalla y nunca se encontró su cuerpo.

—Pero su armadura y su oxidada espada seguían estando en el mismo lugar. Si conocierais su historia tampoco vos esgrimiríais nunca una espada contra otro hombre. Él mismo me desaconsejó que viniera hasta aquí y me advirtió de lo que encontraría en el páramo.

Después de que Junco relatara su encuentro con el fantasma de la armadura, el señor Grenfo Valdo anduvo algunos pasos cavilando alrededor del atril y al fin dijo:

—Puede que tengáis razón, pero si no es luchando no sé cómo podremos librar el castillo del asedio del mezquino barón Trulso Toleronso. Y tampoco eso es de justicia.

—Dejadme pensar, tal vez haya una solución que no suponga otra sanguinaria batalla.

—¡Ojalá sea así! Estáis en vuestra casa, podéis hacer lo que os plazca —concedió el señor del castillo amablemente después de pasar con ternura su mano sobre la cabeza de Narbolius—. Quizá os apetezca estudiar a solas el manuscrito. Os encenderé unas lámparas de aceite y daré órdenes para que nadie os moleste. Nos veremos más tarde, en la cena tal vez.

El señor Grenfo hizo ademán de marcharse, pero aún dijo:

—¡Ah! Mañana, cuando hayáis descansado lo suficiente, me complacerá presentaros a mi familia y a la Corte, si a vos no os incomoda. Han oído hablar mucho de vos y de vuestro fantástico dragón y desean conoceros cuanto antes.

—Será para mí un grato honor. Y también para Narbolius; aunque no puede hablar, comprende nuestro lenguaje como cualquier criatura inteligente —añadió Junco sonriendo.

La puerta se cerró tras el señor Grenfo y un cálido silencio voló por la estancia.

CAPÍTULO 18

En la penumbra de la sala el manuscrito adquirió tintes mágicos. Las letras góticas de su texto, enmarcadas por originales orlas con filigranas geométricas coloreadas, parecían flotar sobre las páginas de pergamino. Junco se entretuvo en la lectura de la primera línea del texto y leyó en voz alta:

—*En el lugar donde se oculta el sol...*

Y pensó que en efecto el sol se ocultaba cada día por el oeste pero, a medida que uno se aproximaba a él, se alejaba de nuevo para evitar que alguien supiera el lugar en que se esconde. Luego releyó para sí la misma línea y prosiguió:

En el lugar donde se oculta el sol desde tiempos perdidos en los abismos del cosmos, entre valles encantados y montañas misteriosas, junto al río de aguas de plata que riega las praderas, habitan hermosas criaturas con aliento de Fuego, caprichoso tamaño y amplias alas, que por el color dorado de su piel y la fiereza de su aspecto diríase que son fruto de la fantasía de los dioses.

Junco hizo una pausa en la lectura, alzó la mirada hasta la ventana acristalada con vidrieras y vio cómo la noche engullía los últimos pálpitos del ocaso. Las diminutas llamas de las lámparas de aceite bailotearon

mecidas por una brisa furtiva y un sopor más poderoso que el sueño se apoderó de sus ojos. En la borrosidad de la estancia, junto a la chimenea, le pareció ver difuminada la pequeña figura del viejo duende.

—Estáis aquí, Gorgonán. No sabéis cuánto me alegro de veros —dijo Junco con voz alicaída.

—También yo estoy contento de veros, Junco. Sé que habéis pasado días difíciles y trágicos, pero como os dijo el sabio del torreón de la Rueda de la Existencia: de placer y dolor está hecha la vida de los hombres.

—Lo sé —aceptó Junco—. Aunque ahora sólo me preocupa evitar una nueva masacre. Pero no consigo averiguar cómo hacerlo antes de que el barón Trulso Toleronso arrase este castillo.

—La respuesta la encontraréis en ese manuscrito, no en vano ha llegado a vuestras manos —dijo Gorgonán en un leve susurro y desapareció de nuevo.

Junco no supo si en esa ocasión la imagen de Gorgonán fue real o fue sólo fruto de su imaginación, pero la visión del viejo duende lo despabiló y le animó a seguir leyendo.

El manuscrito trataba sobre la historia de los dragones en aquel valle hechizado, y así decía uno de sus párrafos:

*Nada inquieta la placidez
de sus sueños,
bajo el sol o la nieve,
la lluvia o el viento,
el valle los cobija,
la pradera los alimenta,
el río sacia su sed y los miman las montañas.
Con ellos no existe el egoísmo ni la malicia,
no les atrae el poder
ni les ciegan las riquezas,
y menos aún les importa el tiempo,
pues son eternos.
Su carácter es noble y generoso,
su fuerza, de gigantes,*

*su valor, inmenso,
envidiable su inteligencia
y su agilidad, pasmosa.
Pueden habitar el cielo
y las oscuras cavernas,
el mar y la misma tierra.*

Cada página estaba ilustrada por primorosos grabados de colores que representaban escenas cotidianas de la vida de los dragones coexistiendo en perfecta armonía. Junco pasó las yemas de sus dedos por encima de una lámina que representaba a un dragón majestuoso mirando la puesta del sol y le pareció sentir el calor del astro como si hubiera pasado sus dedos sobre el rescoldo incandescente de una pequeña hoguera. Luego, al pie del grabado leyó:

*Así, ha de ocultarse a ojos codiciosos
el valle que los guarda,
pues la crueldad de otros seres
de malvada naturaleza y torpe ambición
sería fatal para su existencia;
la ingenuidad los hace confiados
y nada pueden contra los hombres
aunque su sola apariencia los aterre,
pues éstos aún ignoran que el poder
que a los dragones les fue dado
para amainar las tempestades,
comprar los vientos y sosegar los mares,
apagar volcanes ardientes
o encauzar las alocadas aguas,
es del todo inútil ante su presencia.*

Mas ninguna lámina llamó tanto la atención de Junco como la que representaba la escena de un dragón enfurecido que batía sus alas al aire sobre el escudo de un guerrero que blandía una larga lanza. De las fauces abiertas del dragón salían lenguas de fuego, el cielo tenía un color rojo

ceniciento, como si el sol se hubiera despedazado, y los ojos del guerrero parecían desorbitados por el horror. Pero el quejido que la puerta de la sala emitió al abrirse lo distrajo de sus pensamientos.

Envuelto en un amplio manto de pieles, el señor Grenfo Valdo tenía una apariencia solemne y distinguida. A pesar de sus años, pues contaba ya setenta y tantos, seguía conservando en las marcadas facciones de su rostro ese aura de grandeza que siempre acompaña a los hombres de bien. Al verlo entrar, Junco pensó que su padre, el rey, debía de sentirse orgulloso de tenerlo entre sus más fieles vasallos.

—¿Habéis disfrutado del silencio? —preguntó el señor Grenfo.

—Sí, y aún mucho más contemplando las hermosas láminas del manuscrito. ¿Habíais reparado antes en esta ilustración? —dijo Junco señalando el libro abierto.

El señor del castillo se acercó hasta el atril, cogió una lámpara de aceite e iluminó con ella la lámina que Junco le mostraba.

—Disculpadme, mis ojos ya no ven de cerca lo que antes vieron con la precisión de un búho en estado de vigilia —se excusó, y acto seguido aguzó el haz de su mirada encogiendo los párpados. Luego prosiguió—: ¡Ah! ¿Os referíais a la lucha del guerrero y el dragón?

—Sí —dijo Junco.

—¿Por qué os inquieta? —quiso saber el señor Grenfo.

—No sé, no sabría explicarlo. Me produce una sensación extraña.

—Tal vez sea por lo engañoso de esa representación. También yo sentí extrañeza al verla la primera vez. Si os fijáis bien, el guerrero está aterrado mientras que el dragón se alza enfurecido y victorioso sobre su atacante.

—Pero el manuscrito dice que todos los poderes de los dragones son inútiles frente a los hombres.

El señor Grenfo cogió a Narbolius en sus manos como a un gato doméstico.

—Así es, pero ese guerrero no lo sabía —dijo.

—¿Cómo descubrieron los hombres que los dragones no eran invencibles? —preguntó Junco.

—No lo sé con certeza, pero al final del manuscrito hay un texto que se refiere a esa circunstancia. Al parecer, hubo un tiempo en que se extendió la

creencia de que si un guerrero untaba su cuerpo con la sangre caliente de un dragón, alcanzaba la inmortalidad. La noticia llegó a todos los rincones de la Tierra, y de todos los lugares partieron gentes en busca de tan prodigiosas criaturas, cuya sangre podía elevar, a quien los degollara, al codiciado Olimpo de los dioses. Nadie sabe cómo encontraron el lugar donde se oculta el sol, pero cuando lo descubrieron no tardaron en descubrir también que la fiereza de los dragones sólo era una máscara para ocultar su propia debilidad ante los hombres, y acabaron con ellos sin piedad ni vergüenza. Alguna vez oí contar a mi padre que sus antepasados intentaron impedir que unos seres tan fabulosos se extinguieran, sin lograr alcanzar nunca su honroso propósito. Por ello, cuando encontré este manuscrito, decidí partir en busca del misterioso lugar donde se oculta el sol. Siempre creí que si otros lo habían logrado también yo podría encontrarlo, y pensé que si la suerte me era propicia encontraría algún dragón vivo que acompañara mis días y mis noches. Ahora el azar ha querido que vos hayáis traído a Narbolius hasta mi castillo.

—Tal vez no sea el azar sino el destino quien lo ha dispuesto así —dijo Junco mirando la imagen de su medallón.

—Tal vez —aceptó el señor Grenfo—. No debe de ser casualidad que vos portéis al cuello el mismo medallón que ilustra la primera página del manuscrito.

El ajetreo de los días de viaje y el opíparo festín que Dongo había preparado para la cena sumieron a Junco en un estado de letargo rayano en la inconsciencia. Hacía mucho tiempo que no dormía en una cama mullida y suave como la que encontró en su aposento, una cama con dosel de madera y delicados cortinajes, similar a la que acogía sus sueños en el castillo de su padre. Antes de acostarse se despojó de su armadura y aún tuvo tiempo de darse un baño caliente en una barrica de roble. Su escudero, un joven avisado de pelo erizado y con redondeles rosados en las mejillas, que esa misma noche fue puesto a su servicio por el señor Grenfo, le trajo ropas limpias y perfumó el agua con esencias de rosas y espliego.

—¿Deseáis alguna otra cosa, señor? —preguntó el hijo mayor del alcaide del castillo, mirando receloso al fascinante dragón que dormitaba junto a la puerta, pues aunque estaba encantado de haberse convertido en el

escudero de un noble tan admirado como Junco, no acababa de acostumbrarse a deambular alrededor de la extraña criatura que lo acompañaba.

Junco, abstraído, negó con la cabeza y lo observó detrás del vapor de agua que se elevaba desde el borde de su improvisada bañera. Y en los infantiles ojos del chiquillo se vio a sí mismo tal como él era cuando se adentrara en el Laberinto sin saber lo que allí le aguardaba. Su aspecto había cambiado tanto que ahora no podía reconocerse en aquel muchacho larguirucho y de ojos apagados que un día extraviara sus pasos por los senderos inexplorados de las orillas del lago de Fergonol. Sin embargo, no lamentó su profunda transformación. Era él mismo, el único hijo del gran rey de la Triple W, sólo que había crecido en la experiencia de la vida y sus misterios, y ya no era un niño como su escudero.

—¿Deseáis ser algún día un caballero al servicio de vuestro rey? —preguntó Junco.

—Nada me gustaría más, señor —dijo ilusionado el paje—. Cada día me entreno para cuando llegue la hora en que el señor Grenfo Valdo me arme caballero con su noble espada. Además, el capitán Uklin me ha enseñado el manejo del hacha, y ya he conseguido partir una calabaza en dos desde una distancia de veinte pies. Tendríais que verme montando a caballo y disparando con la ballesta.

Junco se quedó pensativo.

—Si yo llego algún día a ser rey, las armas de mis caballeros sólo serán un símbolo para la paz —proclamó sin saber por qué lo hacía.

—¿Cómo decís? —preguntó el escudero.

—Olvidadlo, sólo estaba pensando en voz alta.

CAPÍTULO 19

Al día siguiente, Junco se despertó pasadas dos horas desde que los gallos del castillo entonaron su bienvenida al amanecer. El cielo encapotado auguraba oscuros acontecimientos y afuera de las murallas los asediadores de la fortaleza desplegaban una frenética actividad belicosa. Las máquinas de guerra se aproximaban al foso arrastradas por bueyes y mulos que tiraban de ellas con indolencia y desaliento. Los guerreros y mercenarios de a pie, presididos por el siniestro estandarte del barón Trulso Toleronso, avanzaban en bloques numerosos y alineados: las espadas, ceñidas al cinto; los escudos y las lanzas, en las manos. Sus pulidos yelmos destellaban como luminarias sobre las cabezas, mientras los jinetes permanecían en sus monturas ataviadas con las galas de la batalla, a resguardo de las hogueras encendidas.

Los centinelas dieron la voz de alerta, hicieron sonar los cuernos y todos los caballeros del castillo, a excepción del capitán Uklin, que organizaba las defensas desde el patio de armas, subieron a la torre del homenaje para observar las maniobras del enemigo. Un rumor lúgubre, como un coro de voces malhadadas, llegaba hasta ellos propagado por el viento. Los arqueros corrían a las almenas con los carcajes repletos de flechas y los arcos dispuestos para lanzarlas. La hora del asalto había llegado. Narbolius olfateaba el aire, el señor Grenfo Valdo, taciturno, se temía lo peor, y Junco, que vestía de nuevo su deslumbrante armadura, pensaba qué podía hacer para evitar el desastre. Nunca como hasta ese momento echó más de menos la presencia de Gorgonán, él sabría lo que tenía que hacer. Entonces recordó lo que el viejo duende le dijo cuando apareció junto a la chimenea mientras

él leía el viejo manuscrito. En el libro de los dragones estaba la respuesta, y Junco estaba decidido a llevar hasta el final el ardid que Gorgonán le había sugerido.

—¡Que ningún arquero haga uso de sus flechas! ¡Esta batalla terminará sin sangre! —gritó Junco.

—¿Qué os proponéis hacer? —inquirió con voz trémula el señor Grenfo Valdo, desconcertado por las palabras del joven caballero.

—¿Recordáis el párrafo del manuscrito que refiere en su texto que los hombres de aquellas remotas épocas ignoraban que los fabulosos dragones son inofensivos?

—Claro que lo recuerdo, he leído ese libro hasta el agotamiento.

—Narbolius evitará que el barón asalte esta fortaleza. Trulso Toleronso cree a pies juntillas que los dragones son invencibles. Pensaba que con tan fabuloso animal de su lado nadie se atrevería a combatir contra su ejército. Por eso me propuso unirme a él para luchar contra vos y contra mi padre.

El señor Grenfo Valdo dio un respingo, como si un dardo invisible le hubiera agujoneado el pensamiento.

—¿Habéis dicho vuestro padre?

—Os lo explicaré luego, ahora busquemos al capitán Uklin.

Bajaron con rapidez por las estrechas escaleras de la torre. En el patio de armas, el fornido vikingo gesticulaba cual un estratega apabullado, dando órdenes sobre la ubicación de los soldados en torno a la muralla.

—¡Abrid las puertas y bajad el puente, capitán! —ordenó Junco.

—¿Os ha trastornado la sesera un sueño malvado, alteza? —respondió el interpelado con otra pregunta—. Si abrimos esas puertas, los guerreros del barón entrarán en el castillo como zorros en un corral. Nos quintuplican en número.

—No es para que entren ellos, sino para que podamos salir Narbolius y yo. Ahora no disponemos de tiempo para discutirlo, ya lo entenderéis más tarde —dijo Junco resuelto—. ¿Dónde está Dongo?

—Está preparando las calderas de aceite hirviendo para evitar que esos malnacidos puedan escalar la muralla. Pero permitidme que os aconseje esperar a que llegue vuestro padre, su ejército es poderoso e imbatible.

El señor Grenfo Valdo no daba crédito a lo que oía:

«¡Junco es el hijo de rey Winder Wilmut Winfred!», se dijo a sí mismo, y a punto estuvo de sufrir un desmayo.

—También Narbolius es invencible. Me lo dijo Gorgonán, y él rara vez se equivoca —concluyó Junco.

—¿Es que nunca vais a dejar de hablar con ese viejo embrujado?

—No mientras él lo quiera. Y ahora no me hagáis perder más tiempo, capitán. Abrid las puertas.

—Está bien, como vos gustéis.

La voz grave del capitán Uklin resonó en el patio y, aún con gesto agrio, ordenó abrir las puertas del castillo.

Y las puertas se abrieron, se alzó el rastrillo y el puente levadizo descendió sobre el foso de agua entre el chirrido de las cadenas que lo sujetaban. Junco acarició a Narbolius y le susurró algo inaudible al oído. Al instante el dragón alzó el vuelo, giró en espiral sobre los atónitos ojos de los asediados y se posó de nuevo sobre la tierra rojiza del patio. Junco subió en sus lomos y ambos avanzaron hacia el túnel oscuro que separaba la fortaleza del exterior. Luego se detuvo ante el ejército del barón y acarició el medallón que le colgaba del cuello, el mismo medallón que aparecía pintado en la primera página del manuscrito del señor Grenfo Valdo. Entonces el sol se encendió en el cielo disipando las nubes como si un soplo hechizado las espantara, y la figura formada por el caballero y el dragón apareció majestuosa y fascinante sobre el puente levadizo, transformada en un ser luminoso de un solo cuerpo que parecía surgido de las estrellas. Narbolius creció hasta alcanzar las dimensiones de una criatura descomunal y su piel se tiñó del color del oro, cegando a los guerreros que, enfrentados a él, osaron mirarlo. Y fue así que las ordenadas huestes del mezquino barón Trulso Toleronso dejaron caer sus armas al suelo como si un ser invisible se las arrebatara de las manos y corrieron despavoridas dispersándose por el páramo, sin que nunca más, en los muchos años que siguieron, volviera a verse en las tierras de la comarca caballero alguno que alzara su espada contra sus semejantes. Y aún relatan los juglares en sus dulces canciones que hubo en la historia un príncipe sensato y justo llamado Junco, el Caballero del Dragón, que casó en fastuosa ceremonia con la hija del noble señor Grenfo Valdo, cuyo hermoso retrato pintó un artista que

había huido de la realidad, y que sus propios ojos vieron un día lejano en el museo de una ciudad encantada.

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar su admiración y gratitud a Fernando Savater, a cuya sabiduría ha hurtado algunas de las reflexiones filosóficas que vagan furtivas por las páginas de este libro.



RAFAEL ÁBALOS NUEVO. Abogado y escritor español. Nacido el 12 de octubre de 1956, en la localidad española de Archidona, en la provincia de Málaga. Se licencian en Derecho en la Universidad de Granada.

Desde 1984, vive en Fuengirola donde ejerce como abogado además de ser docente de la Escuela de Práctica Jurídica de la Facultad de Derecho de la Universidad de Málaga.

En el año 2000, publica su primera obra: *Bufo soñador en la galaxia de la tristeza*, novela de aventura y fantasía. Le sigue *El visitante del laberinto* en 2001, novela de aventuras orientada a un público juvenil y de ambientación medieval.

En 2005, publica *Grimpow, el camino invisible*, obra con más de 150.000 copias vendidas en español, traducida a veinticinco idiomas y elegida como «Libro notable del 2008» por la *International Reading Association Children's Book Award* además de ser distinguida con el Premio de Narrativa «El público» 2005 que otorga la radiotelevisión de Andalucía y Libro Juvenil del año 2007 en Holanda.

En 2007, publica *Kôt*, thriller que desarrolla tres historias, en un principio inconexas, en una única trama ambientada en la actual Nueva York. Acerca

de esta obra, su autor declara que intenta «fusionar el género de la novela juvenil con el de la novela adulta».

Grimpow y la bruja de la estirpe es editado en 2009, secuela de su obra más exitosa, donde se muestra a un protagonista más «maduro y resolutivo» de acuerdo a Ábalos.

Poliedrum, libro editado en 2009, fue galardonado en la primera edición del premio de literatura juvenil As de Picas.